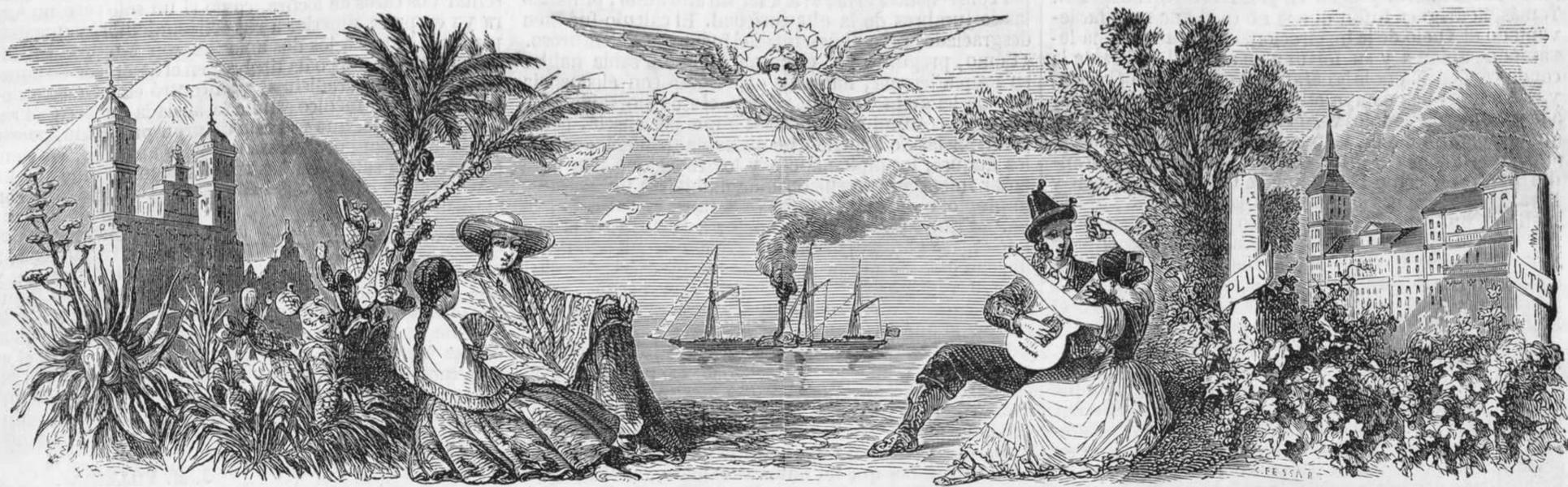


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 30.

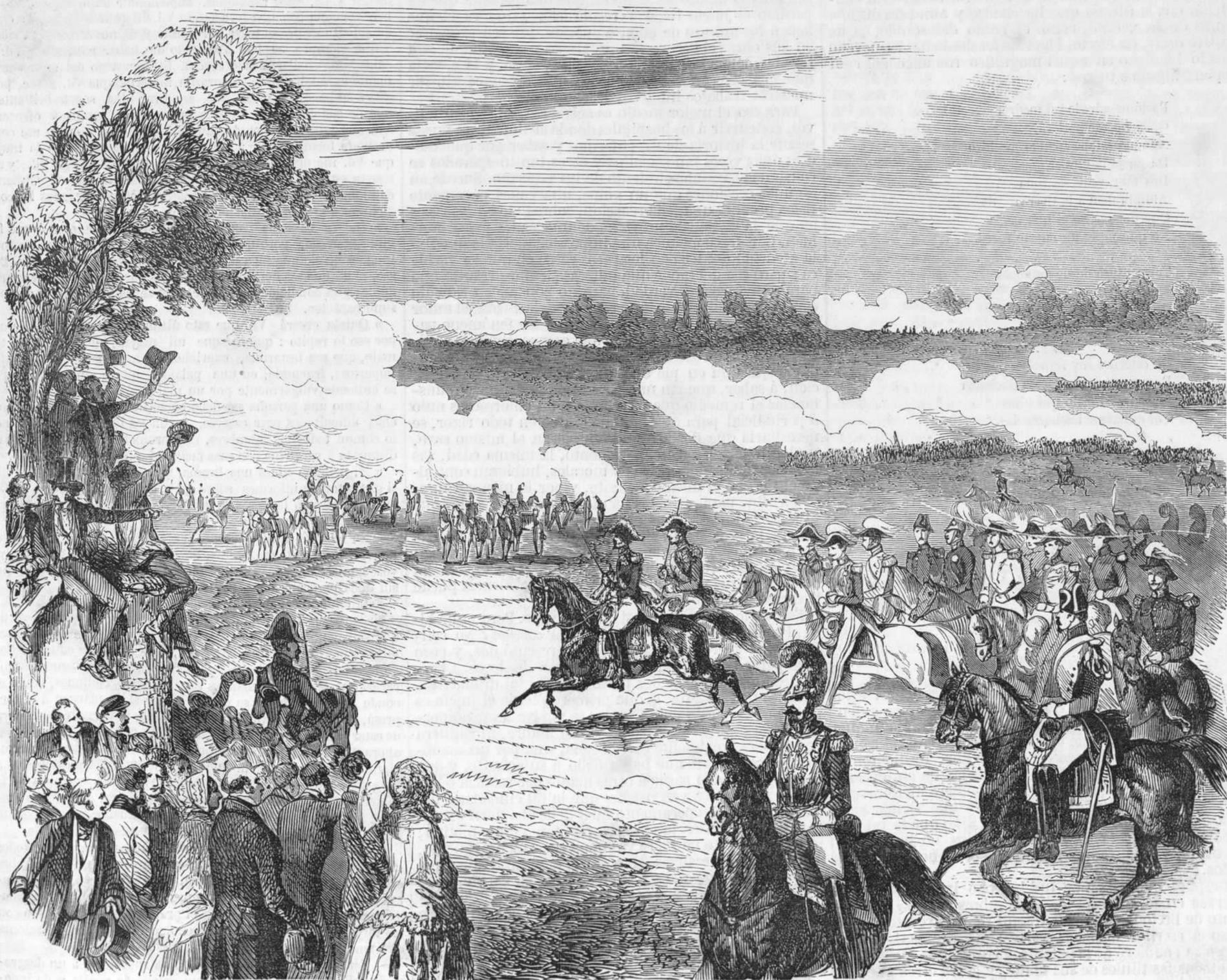
Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

## SUMARIO :

Poetas españoles contemporaneos; D. Tomás Rodríguez Rubi.  
— Historia de la semana; grabado. — Excursion sobre las

costas septentrionales del mar Negro; grabados. — Un rapto en 1805. — Las excavaciones mas recientes en Pompeya. — Fiestas seculares en Berna (21 y 22 de junio); grabados. — Una escena conyugal; comedia. — Minas de oro de la Aus-

tralia; grabados. — La nada; poema. — La cria artificial de los peces. — El telégrafo sub-marino entre Inglaterra y Belgica. — Explicacion de los bordados. — El bautizo de las campanas; grabado.



Grandes maniobras mandadas ejecutar por el emperador Napoleon III, en el campo de Satory.

## Poetas españoles contemporáneos.

D. TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ.

Llegó por fin el turno á los poetas de la segunda época, es decir á los que empezaron á levantar su reputación cuando ya la tenían hecha aquellos de quienes he hablado hasta ahora, y debo empezar este turno por D. Tomás Rodríguez Rubí, que si no es el que más ha levantado el vuelo de la inspiración, es el que más ha levantado su fama y su fortuna en alas del favor, de la condescendencia y de la ignorancia. Voy á hablar del poeta, y es lástima que no haya otra palabra con que designar á los que escriben malos versos, para diferenciarlos de los que los hacen buenos, viéndonos por consiguiente obligados á profanar ese título con que se honran los grandes hombres, como Lamartine y Quintana, Breton y Beranger; voy pues á juzgar al célebre Rubí, al Comella de nuestros días, al primero y casi último escalón de nuestra decadencia poética, siendo al mismo tiempo el niño mimado de la suerte, el escritor más agasajado por la corte, más aplaudido del público y más solicitado por los editores, aunque también ha sido el menos estimado de las personas inteligentes.

Ya he dicho como empezó Rubí su carrera literaria, escribiendo romances andaluces, que tenían su efecto y merecían tenerle, porque no carecían de gracia, aunque siempre revelaron un desgraciado versificador. El señor Rubí, no se contentó con la gloria de pintar las costumbres de su provincia, y quiso pintar las costumbres en general: dejó el romance jacaresco para entregarse de lleno al arte dramático; hizo lo que acaba de hacer en París el señor Ciebra, famoso guitarrista, que en mal hora concibió la idea de componer una ópera, demostrando á los que pudieran tener necesidad de esta prueba, que puede un hombre brillar por su ejecución en un instrumento, y escribir detestables composiciones. ¡Pícaro ambicion, que conduce á lo que ya he manifestado en otro lugar; esto es, á que en el teatro del mundo ninguno se contente con el papel que racional y providencialmente le está señalado!

Empezó el señor Rubí haciendo comedias sembradas de frivolidades y escritas en versos que no se pueden leer sin algún ensayo ó preparación. Una de estas comedias se titulaba *Del mal el menos*, otra *Toros y cañas*, otra *El rigor de las desdichas*, y no solo estas comedias eran flojas, fastidiosas, sino que ninguna de ellas justificaba su título; pues la que más se acercaba á llenar esta condición era la última que he citado, y aun esta distaba tanto de la verdad, como el ruido del sonido, ¿Qué quiere decir, en efecto, rigor de las desdichas? Quevedo nos lo ha dicho en aquel magnífico romance del cual copiaré algunos trozos:

Parióme adrede mi madre,  
Ojalá no me pariera,  
Aunque estaba cuando me hizo  
De gorja naturaleza.  
Dos maravedís de luna  
Alumbran á la tierra  
Que por ser yo el que nacía  
No quiso que un cuarto fuera.

Tal ventura desde entonces  
Me dejaron los planetas,  
Que puede servir de tinta  
Segun ha sido de negra.

De estériles soy remedio,  
Pues con mandarme su hacienda  
Les dará el cielo mil hijos  
Por quitarme las herencias.

Aguarda hasta que yo pase  
Si ha de caerse una teja;  
Aciértañe las pedradas,  
Las curas solo me yerran;  
Dejo de tomar oficio  
Porque sé por cosa cierta  
Que en siendo yo calcetero  
Andarán todos en pierna.  
Si intentara ser e.....,  
Por comer de mi cabeza,  
Segun soy de desgraciado  
Diera mi mujer en buena, etc.

Tal es, efectivamente, el rigor de las desdichas, esto es la fatalidad que pesa sobre un hombre contra quien todo conspira, á quien todas las cosas salen mal aunque las piense bien. ¿Y qué es lo que nos hizo ver el señor Rubí en su citada comedia? Un hombre medio tonto que padece algunas contrariedades hijas de su torpeza y no de su mala suerte, como si pudiera atribuirse á desgracia la pobreza de un hombre que siendo rico tirase su dinero á la calle. Por eso digo que la tal comedia titulada *El rigor de las desdichas* no justificaba su título, y añadiré que no era este el menor de sus defectos.

Después que el señor Rubí probó inútilmente sus fuerzas en la comedia de costumbres en que distaba tanto de Breton, como un albañil de un arquitecto, se puso á escribir dramas; pero ¡qué dramas! Desde luego se enamoró de la palabra fortuna, que ingirió en casi todos los títulos de sus obras, y entre otros que no

recuerdo puedo citar los siguientes: *Ribera, ó la fortuna en la prision*; *El arte de hacer fortuna*; *Fortuna contra fortuna*; *La rueda de la fortuna*, primera parte; y *La rueda de la fortuna*, segunda parte. En todas estas producciones trató el autor de elevarse, pero de un modo artificial. Creyó que la importancia del escritor debía estar en razón directa de las costumbres que pintaba, y que por consecuencia él llegaría á ser un alto autor, pintando las costumbres de la alta sociedad. El cálculo fué bien desgraciado, pero el desempeño fué menos venturoso. ¿Cómo, pregunto yo, el hombre que no sabía hablar su propia lengua, había de expresarse con elocuencia en una lengua extraña? ¿Cómo el que no sabía describir las costumbres de la clase á que pertenecía, podía describir las de aquella que no había frecuentado? Así los duques, los diplomáticos y los reyes que hizo este autor intervenir en sus dramas, hablaban un lenguaje impropio, que ni siquiera tenía para su disculpa la brillantez que hubiera sabido darle un poeta. Pero el público no se paraba en barras; creía que realmente el diálogo que oía era el que se usa en las altas regiones, y lo aceptaba cuando no lo aplaudía, porque nadie tiene bastante atrevimiento, y esto se explica bien, para refutar lo que no entiende.

Pero si el señor Rubí no acertaba á interpretar las costumbres, ¿cómo podía interpretar las pasiones? Este era otro de los escollos con que debía tropezar en el drama, y seguramente cuanto más talento tiene un escritor, más se arredra ante esta dificultad. El señor Rubí, que no sabe lo que son los inconvenientes, hizo con las pasiones que no había estudiado, lo mismo que con las costumbres que no había podido estudiar; echó sus escrúpulos á la espalda, y se lanzó de rondon por una senda donde no todos los que habían de juzgarle tenían suficientes luces. ¡Qué cosas vimos en los dramas del señor Rubí! ¡Qué caracteres! ¡qué rasgos! ¡qué peripecias! Me acuerdo, á propósito de esto, de una de las producciones de este autor que más aplausos han obtenido, la cual se conoce con el estrambótico título de *La trenza de sus cabellos*. En esta comedia se presenta un caso de locura, es decir de una de las enfermedades más difíciles de tratarse, en el teatro como que exigen un estudio detenido y una profunda observación si no se ha de incurrir en la inverosimilitud, ó lo que es peor en la extravagancia.

Todo el mundo sabe que la locura pertenece generalmente al rango de las enfermedades incurables; pues son muy contados los casos en que una persona que ha perdido el juicio llega á recobrarlo. ¿Qué es lo que hacen los autores de talento cuando quieren presentar en sus obras el desarrollo, progresos y curación de esta terrible dolencia? Estudiar la naturaleza y la ciencia que nos ofrecen los modelos á que debemos ajustar nuestros trabajos intelectuales.

Para eso el mejor medio es acercarse á los facultativos, concurrir á los hospitales donde fácilmente se puede seguir la historia de un enfermo, y saber por qué medios unas veces tan sencillos y otras tan inesperados se consigue el restablecimiento de un enfermo. Sucede en algunas ocasiones que un golpe, una causa puramente física produce una feliz reacción, sobre todo en los casos en que la demencia proviene de una causa física también. Con frecuencia es una impresión fuerte la que fija la atención del loco en los raros casos en que se verifica; pero sea del modo que quiera, siempre resulta que para acercarse á la verdad, para no ponerse en ridículo con un procedimiento que repugne á la razón, el autor que acometa la empresa de describir un fenómeno patológico, debe estudiarlo, y lo que es más, copiarlo, único modo de aproximarse á la verosimilitud; y aun todavía quedará en pie una duda nacida de la observación, á saber, que sin una perfecta igualdad de circunstancias el remedio que ha curado á un enfermo es nulo ó perjudicial para otro, de modo que en todo rigor, se necesitaría que dos locos pertenecieran al mismo sexo, tuvieran el mismo temperamento, la misma edad, las mismas condiciones físicas y morales, hubieran contraído el mal en el mismo instante, y por la misma causa, y en fin pasasen por idénticas pruebas á la que produce la última crisis para comprender, no solo la razón de la semejanza, sino la posibilidad de que uno de los enfermos no encuentra la muerte, ó se quede tal como estaba, recibiendo el remedio que en el otro ha obrado, lo que en el estado actual de la ciencia puede llamarse un prodigio.

Esto es lo que nos dice el buen sentido. Pero ¿qué hizo el señor Rubí en *La trenza de sus cabellos*? No contento con representar un loco, representó dos, y poco faltó para que nos ofreciese una casa de locos. ¿Por qué estaban locos los dos personajes del tal drama? Figúrense ustedes, que la que primero pierde el juicio es una mujer, y esta pobre mujer se vuelve loca, no porque haya perdido á su padre y á su madre, ni siquiera por hallarse realmente deshonrada, sino por un maldito mechón de pelo que había dado á su amante, y que este había dejado pasar á otras manos por malicia ó por inadvertencia. Ya ven ustedes que la tal ciudadana debía tener un temperamento bien delicado, bien excepcional para perder la chaveta por tan pobre motivo; pero como si esto no fuera ya monstruosamente ridículo, no pára aquí la historia, sino que el amante al saber que su querida se ha vuelto loca, dice para su capote, pues yo no he de ser menos que ella, y se vuelve loco también. ¿Qué les parece á ustedes? ¿No es esto digno de un sainete, de una obra festiva donde á despecho de la verdad se trate de hacer reír con la caricatura de las pasiones?

Eso sí, una vez que los dos amantes se han vuelto lo-

cos, hacen y dicen cosas estupendas, que sin embargo parecen más adecuadas á la imbecilidad que á la locura; solo que como los encargados de desempeñar estos papeles eran personas de mérito superior en el arte de la declamación, hicieron olvidar con las bellezas de la mímica las aberraciones de la parte literaria.

Pero el señor Rubí que tuvo el atrevimiento de presentar dos casos de locura, como si un solo caso no fuera ya empresa superior á sus conocimientos, y que hizo perder el juicio á los dos amantes con tan poco justificados motivos, no podía titubear en el desenlace de aquella situación apuradísima, y encontró en la pobre elocuencia de un médico sandio la ansiada panacea, el remedio infalible, que merecía un gran privilegio, puesto que curó instantáneamente á los dos amantes, volviendo estos á la salud tan fácilmente como los vinos mejoran de color con la sangría de buey, ó de condición con el trasiego. Así escribe el señor Rubí, pudiendo desgraciadamente decirse, que no maneja la inspiración mejor que la ciencia, ni el arte mejor que la inspiración, á pesar de lo cual se ha labrado una reputación colosal y una posición brillante que deseo conserve mucho tiempo, pues no es el bien que su fama le ha procurado lo que me anima á censurar sus obras, sino la injusticia de esa fama con tan poco talento adquirida. Verdad es que, como demostraré más adelante, hay medios de alcanzar gloria y provecho que pertenecen á todo el que quiere emplearlos, y que todos llegaríamos en el mundo al mismo fin, si quisieramos echar mano de los mismos medios.

J. M. VILLEGAS.

## Historia de la semana.

Un periódico publica la siguiente carta, dirigida á la superiora de una de las casas de educación religiosa más afamadas de París:

«Tengo cuarenta años, soy soltero, no tengo familia y quiero casarme. He pasado una parte de mi vida en viajar y en hacer fortuna, y vuelvo á París rico como el primero; la sociedad en que vuelvo á entrar me es desconocida, lo único que sé es que puedo engañarme fácilmente, y por eso me tomo la libertad de dirigir á Vd. estos renglones, habiéndome autorizado á ello la benevolencia con que ha acogido Vd. diferentes veces esta clase de solicitudes presentadas por hombres dignos de consideración, y que siempre se han felicitado de haber confiado á Vd. el cuidado de hallarles una esposa. Este encargo debe ser sumamente agradable para el corazón maternal que Vd. posee, porque á su beneficio puede Vd. asegurar una suerte brillante á una de sus discípulas de poca fortuna. Yo vengo á ofrecer á Vd. una nueva ocasión de cumplir esta buena obra, y me comprometo formalmente á casarme á ojos cerrados con la mujer que Vd. me designe, porque conozco su probidad de Vd., y me consta que por nada en el mundo vendería Vd. mi confianza dándole una mujer que no llenase exactamente todas las condiciones que á continuación señalo.

»Quiero casarme con una mujer que pertenezca á una familia honrada, pero que no sea noble, y que carezca de fortuna, á fin de que sepa agradecer lo que yo hago por ella. De-seo, si no que sea hermosa, á lo menos que tenga un físico agradable; y es condición esencial el que se halle dotada de un pé-simo carácter.

»Quizás creará Vd. que esto último es un error de pluma, por eso lo repito: quiero que mi mujer tenga un carácter malo, que sea testaruda, caprichosa, amiga de hacer su gusto, imperiosa, iracunda, en una palabra, que reúna todo lo que se entiende vulgarmente por un mal carácter.

»Como una persona así debe encontrar naturalmente muchas dificultades para casarse, segun las ideas que tienen por lo común todos los hombres, me prometo que se hallará Vd. dispuesta á servirme con más facilidad que en el otro caso.

»Mi petición no es una broma, y se convencerá Vd. de ello si gusta tomar informes sobre mi carácter, mi posición y mis antecedentes en las casas de las personas cuyos nombres pongo al pie de esta carta.

»En cuanto á mi persona, juzgará Vd. de ella si tengo el honor de que Vd. me reciba, en cuyo caso daré á Vd. de viva voz explicaciones más circunstanciadas sobre este asunto, que sin duda parecerá á Vd. bien extraño.»

Esta famosa carta estaba firmada por el conde de \*\*\*. Nuestros lectores habrán principiado por sorprenderse de que semejantes peticiones matrimoniales se dirijan á las respetables superioras de las casas religiosas donde se educa la flor de la aristocracia francesa, pero en esta parte debemos asegurarles que las tales demandas son bastante comunes, como el conde nos lo dice en su carta; lo que si da margen á la sorpresa, es la estrambótica condición de que la futura esposa haya de estar adornada de tantas y tan bellas cualidades, pues hasta ahora todos los que emplearon ese medio para casarse, estuvieron unánimes en pedir que la joven que se les destinara, á falta de nacimiento y de fortuna, poseyera esos encantos de la mujer, indispensables para la dicha doméstica, que son la dulzura, la bondad, y el carácter apacible y risueño; pero en cuanto á esto último, nos va á sacar de dudas el mismo solicitante.

Los informes que tomó la superiora fueron excelentes; todos ellos estaban contestes en decir que el conde era un hombre estimable, sumamente rico, y con ideas algo raras. Estas rarezas picaron la curiosidad de la superiora, que concedió al conde una entrevista, y en efecto el pretendiente se presentó con los mejores modos, entrando desde luego en las explicaciones que tenía anunciadas.

—Está Vd. viendo en mí, dijo á la superiora, á un desgraciado millonario sumergido en un estado de apatía y de indo-

leñicia que influye sobre mi salud de una manera desastrosa. Créame Vd., estoy á punto de morir de aburrimiento. Ahora bien, en este peligro me han aconsejado un cambio de vida que me exaspera, á beneficio de una oposicion constante á todos mis gustos y mis hábitos. Como soy rico, estoy rodeado de aduladores que intentan agradarme con sus sonrisas y lisonjas, y que no hacen mas que empeorar mi estado. En vez de todo esto necesito tener en mi vida íntima, siempre á mi lado, una eterna causa de disgusto, una contradiccion incansable, una voz aguda, malas palabras, una persona que se ocupe únicamente en irritarme, en una palabra, una mujer que no tenga conmigo ninguna consideracion, y que dé rienda suelta á su mal carácter. — ¿Podría Vd. hacerme con una mujer de esta especie? preguntó el conde con ansiedad.

La superiora le respondió con la mayor dulzura, que lo que pedia era imposible, en atencion á que en una casa como aquella, donde se da tan buena educacion á todas las jóvenes, jamás podría haber una mujer semejante.

El conde desesperado anda buscando por todo París el objeto de sus deseos, pero en vano: entre las mil señoritas que se hallan dispuestas á conceder su blanca mano, no hay una sola que no esté dotada de un buen carácter y de una angélica dulzura.

Lástima es que no se halle admitido el divorcio en nuestras costumbres, en cuyo caso habria en París muchos maridos que cederian al conde sus caras mitades.

A falta de una mujer soltera, el conde, dicen, que se contentará con una viuda, con tal de que esta haya matado á fuerza de pesadumbre á su primer marido.

Una viudita así puede encontrarse.

Ya principiamos á tener noticias de los baños. Parece que nunca se han visto tan frecuentados como este año los establecimientos termales. Baden, Wiesbaden, Spa, Tepliz, etc., etc., son otros tantos centros donde se reúne una muchedumbre brillante; los héroes del invierno, las mujeres á la moda, no responderian de poder vivir el año próximo, si no recobrasen en el agua las perdidas fuerzas. Y este milagro de fortificacion nunca falta. Así á la entrada de todos los inviernos se oyen circular por los salones las siguientes noticias:

— Aquella marquesita célebre por su estado de transparencia, ha vuelto de Saboya con unas carnes, que da gusto verla.

— Pues el señor baron que le hacia la corte, gotoso ántes de tiempo, despues de tres meses de baños, se ha puesto á bailar como un desesperado.

— A propósito, el viejo marqués de \*\*\*, que hizo su testamento ántes de marchar á Baden, ha vuelto con ideas de casarse con una joven de veinte años.

Y siguen cien ejemplos mas de personas conocidas que despues de haberse bañado en esos benditos establecimientos, se presentan en sociedad rejuvenecidas y completamente transformadas. Por eso cada cual lleva su cuenta y razon de estos fenómenos, de estas metamorfosis sanitarias para aprovecharse á su debido tiempo, segun sus gustos ó necesidades, de las aguas que adelgazan, que engordan, que dan colores ó los quitan, etc., etc., y hasta se escriben obras sobre la materia, que se leen á la entrada del verano con mas fervor que un cuento de Alejandro Dumas.

Pero hay personajes que concurren tambien á los baños con motivos ménos plausibles, pues se presentan allí únicamente para asistir al juego, que es público y está permitido como lo estuvo en París antiguamente, ó para buscar aventuras en unas reuniones por donde pasa la flor de la aristocracia europea.

Dias pasados se contaba por personas dignas de crédito, que una de las celebridades del mundo elegante, á quien darémos el sencillo nombre de Anatolio, habia reunido en su casa á sus acreedores con quienes tuvo una escena, tan famosa como una escena cualquiera de *Mercadet*, ese tipo de los caballeros de industria de nuestros tiempos.

Anatolio se presentó ante el formidable grupo de sus enemigos, con una gracia y una desenvoltura dignas por cierto de mejor causa.

— Señores, les dije, les he reunido á Vds. para darles parte de las nuevas desgracias que me han sobrevenido; la baja de los fondos públicos se ha llevado los últimos recursos con que contaba para salir adelante.

Este preámbulo fué acogido por un murmullo general, pero Anatolio, sin darse por entendido del efecto que estaban produciendo sus palabras, prosiguió diciendo:

— ¿Quién podia imaginar lo que está haciendo el emperador de Rusia? Mis capitales han sucumbido con la invasion de las provincias del Danubio, así lo ha querido una fatalidad inevitable. Mi última moneda está aquí, en mi bolsillo; no tengo ninguna herencia en perspectiva, y si no me quedase un recurso supremo, me veria en la cruel necesidad de decir á Vds. redondamente que se despidiesen de su dinero.

— ¿Y cuál es ese recurso milagroso? preguntaron con avidez los oyentes.

— Tengo el proyecto de visitar este año las aguas de Alemania, y allí espero levantar un poco mis negocios, si Vds. me ayudan.

— Esto es, nosotros suministraremos los fondos para el juego, ¿no es verdad? repuso el jefe de los comparsas.

— No, continuó Anatolio, yo ya no juego. Los naipes se han conducido conmigo de tal modo, que he roto mis relaciones con ellos para siempre. Además eso seria contar con un regalo del acaso, cosa que repugna á mi orgullo.

— Pero entónces, veamos de lo que se trata.

— He aquí el negocio, dijo el héroe tomando una actitud regia, envuelto en los pliegues de su bata. Yo fundo mi porvenir en los méritos de mi persona, y lo que no quiero alcanzar por medio del juego, lo pretendo á beneficio de un buen matrimonio. La treta no es nueva seguramente, pero en eso está su valor, pues cuantas veces se pone en accion, otras tantas sale victoriosa. Vds. conocen como yo y saben los nombres de algunos que han hecho lo que yo hago, que han reunido á las personas con quienes estaban en descubierto, y que les han dicho, como yo digo á Vds.: La única probabilidad que tene-

mos de salir adelante unos y otros, es la de arriesgar el todo por el todo; confianza es lo que se necesita, vean Vds. si yo soy digno de ella. Tengo treinta y cuatro años, es verdad, pero no los represento, nadie me los daría. La intemperancia me ha conservado, cosa rara, pero en esta ocasion muy cierta. Mi cabellera está negra como el azabache, mi rostro no se halla surcado por la mas leve arruga, mi talle es esbelto como á los veinte años.... pero permítanme Vds. que suspenda aquí mi panegirico, la modestia no me permite continuarle. Pues bien, ¿creen Vds. que yo no pueda hallar en el extranjero un buen partido, una boda metálica, lo que no puedo hallar en París por la demasiada celebridad de que disfruta mi persona? Sí, encontraré lo que deseo sin duda ninguna; tengo el presentimiento de que haré la conquista de una opulenta heredera; pero para ello es necesario que me presente dignamente, con cierto brillo exterior, y esto les toca á Vds.: vengan los fondos, que no hay que temer que los disipe, y desde ahora suscribo á todas las precauciones que pueda dictar á Vds. su desconfianza. Me pondrán Vds. un administrador que me acompañará, vigilará mis pasos, intervendrá en todos los gastos que yo haga, pagará por mí, será, en una palabra, mi mayordomo. Gracias á mi nombre, á mi figura, á mi habilidad é inteligencia, estoy seguro de que dentro de tres meses me caso, como todos mis amigos que han corrido la misma aventura, y por consiguiente dentro de tres meses no debo un cuarto á nadie.

Esta proposicion quedó aceptada, y el héroe ha salido ya para los baños: tendremos á nuestros lectores al corriente de lo que pueda ocurrir en este lance.

Otra anecdota mas, ántes de pasar á la explicacion de nuestro primer grabado.

Hay un sujeto en París de muy buena familia y que figura en las primeras sociedades, conocidísimo por una sencillez sin límites, hija probablemente de su estado de distraccion continua.

El miércoles último llegó á eso de las seis á una casa donde estaba convidado á comer, y entró en la sala fruncido el seño, y con todas las demás señales que se pintan en el rostro de un hombre enfadado.

Aquella cara de mal humor llamó la atencion de los numerosos convidados que se hallaban ya reunidos.

— ¿Qué le pasa á Vd., amigo mio? preguntó la señora de la casa al recién venido, con la amabilidad que la caracteriza.

— ¡Oh! déjeme Vd., respondió el buen señor; salgo de la Exposicion de pinturas.

— Pero no adivino en esto ninguna causa de desagrado. Al revés, entre las obras que han expuesto este año nuestros artistas hay muy buenas cosas, y aun me parece que hay pinturas sumamente recreativas.

— Es muy cierto, no digo lo contrario; en esta Exposicion hay cuadritos pintados á las mil maravillas, bien barnizados, y sobre todo con marcos nunca vistos; pero todos esos preciosos lienzos están puestos allí para romperle á uno la cabeza.

— ¿Cómo es eso? Explíquese Vd. mas claro...

— Yo no sé que sistema han adoptado este año los pintores; lo que sé es que la mayor parte de los cuadros no los entiende nadie. Anuncian una batalla, y nos encontramos con una escena de interior; va uno á ver un retrato, y halla un paisaje. En fin, es imposible descifrar aquello; por mi parte aseguro que no entiendo una sola palabra.

— Mucho me sorprende lo que Vd. está diciendo. A mí me parece que no hay ninguna confusion, y que nada es mas fácil de comprender que aquellos cuadros, á beneficio del catálogo que venden á la puerta. Quizás se ha olvidado Vd. de comprar el catálogo, ¿no es cierto?

— Nada de eso; lo he llevado en la mano todo el tiempo que he estado allí, sin dejarle un instante.

— Ahora sí que me extraño...

— Pues precisamente sus indicaciones han acabado de trastornarme la cabeza; mírelo Vd., aquí está el catálogo dichoso, le compré el año pasado.

A la serie de dibujos que hemos dado concernientes al campo militar de Satory, añadimos hoy otro representando las grandes maniobras mandadas por el Emperador cuando pasó revista á la primera division del ejército de París.

Ya hemos dicho, y repetimos hoy, que estas evoluciones militares de Satory llaman en alto grado la atencion de cuantas personas ilustres encierra hoy la capital de la Francia. El Emperador entró en el campo á las cinco de la tarde, seguido de sus generales y de su séquito ordinario, y acompañado de nuestro compatriota el duque de Berwick y de Alba, y su hermano el conde de Galve, ambos con el uniforme de maestranzas de Sevilla, y el primero con la cruz de Carlos III. Formaban tambien parte del acompañamiento un general mejicano y otros varios oficiales extranjeros. El Emperador desenvainó la espada en señal de mando, y al punto principiaron las evoluciones y maniobras de las diferentes brigadas de infantería, artillería y caballería, con una precision y prontitud admirables.

Concluido el simulacro, llegó la Emperatriz con batidores y una brillante escolta, en una elegante carretela, y acompañada de su hermana que acaba de llegar de Madrid, la duquesa de Alba.

El Emperador se adelantó á recibir á las señoras, en quienes se fijó desde entónces toda la atencion general, y la division verificó el desfile ante Sus Majestades.

MARIANO URRABIETA.

17 de julio de 1853.

### Excursion sobre las costas septentrionales del mar Negro.

Artículo tercero.

La primera estacion despues de Midiah es la de Inia-da, cuyo golfo es uno de los mas seguros de la costa.

Los buques turcos acuden allí á cargar el material de artillería, que producen las fundiciones de San Makof, situadas á seis leguas de distancia, en el interior de las tierras.

En Inia-da existe un lazareto cuyo guarda Achmet, el turco mas estúpido que he hallado en mi vida, nos recibió con unas ceremonias que acabaron por incomodarnos. Uno de sus caprichos fué el de poner en la alcoba de M. Laurens una docena de velas de sebo, cuya luz y nauseabundo olor le quitaron el sueño. Yo cansado de sufrir ridiculezas, me acosté en la barca, lo que solia hacer muy á menudo.

Despues de Inia-da viene Aktéboli, poblacion griega de quinientas casas, cuyos habitantes se ocupan todos en la pesca. Aun se ve en este lugar una vasta muralla cuyos fragmentos se hallan diseminados sobre las vertientes de la colina, por medio de las casas, y que se componen de pedazos de pórfiro alternando con ladrillos, y separados por una gruesa capa de argamasa, á la manera bizantina.

Tambien descubrimos trozos de columnas de mármol, que sirven para amarrar las barcas, y que son probablemente los únicos vestigios de la antigua colonia griega (Agatópolis), establecida antiguamente en aquellos lugares.

El interior de la ciudad se compone de calles sucias y tortuosas, con casas dismanteladas, que dan una triste idea de la gente que las habita. Sin embargo, las mujeres son bastante laboriosas, á juzgar por la grande cantidad de piezas de algodón que lavan. Tambien son ellas las que tejen todas las telas necesarias para sus vestidos y los de sus maridos. Todas, sin excepcion, gastan un vestido de un color encarnado muy subido, y llevan á la cabeza un pañuelo anudado bajo la barba, y que cae en punta por detrás.

Desde Aktéboli se descubre un soberbio panorama. A la izquierda se eleva el monte Babia, con su ancha cúspide, que va bajando progresivamente hácia el Norte, dejando ver la entrada de una bahía; despues la cadena se vuelve á levantar, para disminuir de nuevo en altura, y formar las puntas meridionales de Bourgas. Por último, se dibuja en el horizonte una tercera línea, con el célebre cabo Emona á su extremidad (el punto mas elevado de la costa septentrional del mar Negro) donde acaba hácia el Este la cadena del monte Hemus.

Entre la poblacion griega de esta costa se ve un crecido número de búlgaros; pero donde mas clara se presenta esta mezcla es en Wassilikos. En el único café de esta aldea vimos una porcion de litografías que representaban los altos hechos de los rusos en sus guerras contra la Turquía. Hay que convenir en que estos turcos son de una benignidad poco comun, para tolerar así en sus Estados los recuerdos de una época tan desastrosa para ellos. No hay un café griego en Constantinopla que no posea igualmente una coleccion completa de las escenas de la independencia helénica, lo que no impide á los turcos el que saboreen sus pipas, sin que las tales imágenes turben un momento su plácida calma.

Acercándose á Sizopoli, se descubre á la derecha la isla de San Juan, donde se ven las ruinas de una antigua iglesia griega; luego se pasa la isla del Cristo, y se entra en una playa de arena en frente de la ciudad.

Nada en toda la costa me habia parecido tan bueno como la poblacion de Sizopoli. El terreno es fértil en extremo. Esta comarca es una de las mas favorecidas de la naturaleza por sus magníficas llanuras, por sus colinas cubiertas de vegetacion, por sus viñedos, sus muchos caseríos y aldeas, y sus inmensas campiñas de trigo y de maiz. Sizopoli cuenta trescientas cincuenta casas; su puerto se halla constantemente lleno de buques que cargan provisiones para Constantinopla y otros puntos.

La exportacion de trigo es muy considerable; el mejor se paga á 22 piastras los 45 okes.

Todas las antigüedades de Sizopoli han desaparecido. La muralla que rodeaba la ciudad no existe, y apenas se descubren algunas ruinas de iglesias y algunos pedazos de mármol con inscripciones. La única fuente que hay en la poblacion se halla al otro lado de la playa, á la falda de una colina. Se ven allí muchas tiendas y bastantes cafés llenos de griegos y de búlgaros; las mujeres, con su basquiña colorada, tienen la costumbre de salir á hacer labor á las puertas de sus casas.

Desde Sizopoli, toda la costa presenta un carácter de riqueza agricola, verdaderamente extraordinaria.

En todas las alturas se descubren granjas habitadas por los búlgaros; aquellas masas de rocas peladas que ofrecian la imagen de la esterilidad, se ven reemplazadas por colinas cubiertas de árboles frutales, que bajan en cuesta hasta la mar.

A poca distancia de Sizopoli tuvimos un encuentro algo desagradable. Habiamos establecido nuestro campamento en una especie de gruta con la intencion de pasar allí la noche, pero varios movimientos sospechosos que sentimos en los próximos matorrales, nos decidieron á volvernos á la barca. Al otro dia supimos que unos hombres de muy malas trazas habian estado rondando toda la noche por la playa. En efecto, esto era verdad, pues en el mismo sitio en que habiamos estado nosotros, hallamos los restos de una hoguera.

Antes de salir de Bourgas visitamos el convento griego de San Anastasio, que es un monton de ruinas, situado en un islote pintoresco. Sin embargo, allí vivon un fraile, como un verdadero ermitaño.

Hacia rato ibamos descubriendo con sorpresa un mi

narete inclinado sobre las aguas casi diagonalmente fuera de su centro de gravedad. Aquí es el punto de reunion de muchos turcos que se tienden al sol, hasta que un dia esta segunda torre de Pisa se la venga encima.

Bourgas es uno de los puntos mas animados de la costa, gracias á dos capitanes genoveses que han fundado su reputacion comercial hace cinco ó seis años.

Antes de esta época, ningun comerciante conocia Bourgas, ni aun de nombre; pero estos genoveses principiaron á hacer algunas operaciones sobre la costa que llamaron la atencion de los pueblos vecinos, y desde aquel momento las cosas marcharon con tanta rapidez, que en noviembre de 1842 varios comerciantes de Constantinopla establecieron en



Un campamento cerca de Szipoli.

Bourgas muchas agencias. La agricultura, desde aquella época, ha hecho grandes progresos. La poblacion de Bourgas se eleva á unas 2,500 almas, y está en via de aumento.

El puerto de Tchinghené-Iskelesi, situado en frente de Bourgas, es sin contradiccion el mejor de toda la costa occidental. Los buques pueden entrar y salir perfectamente.

Las cercanías de Bourgas se hallan cubiertas de carretas tiradas por magníficos búfalos y guiadas por los búlgaros, que llevan á la ciudad el producto de sus cosechas.

De aquí la animacion general que se ve con gusto en estos sitios. Las calles llenas de marineros, de corredores, de asnos con cargas de trigo, etc., etc., presentan el aspecto de una feria. Las casas se construyen de cualquier modo, sin simetria;



Plaza y fuente de una aldea turca.

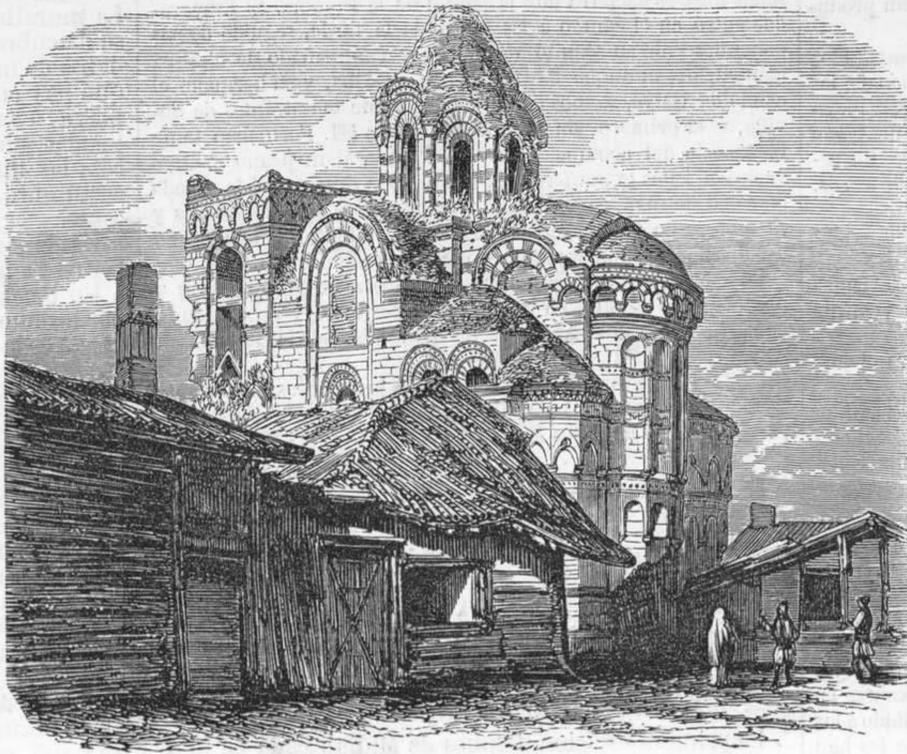
parece aquello una poblacion improvisada de la California.

El punto principal de toda esta comarca es Ankiolou, donde reside un agha turco nombrado por el bajá de Varna, y un cadí de Constantinopla. Esta ciudad posee 500 casas griegas y unas 30 turcas. En el patio del obispado hallamos, entre otros restos de escultura, un sarcófago de mármol blanco, rodeado de una guirnalda, cuyas piezas se hallan reunidas con cabecitas de carnero. Esta curiosidad ha sido descubierta á poca distancia de la poblacion.

A pesar de que los habitantes pretenden que la antigua Ankiolou estaba situada en la pequeña península donde se ven otros sarcófagos, es evidente que la ciudad moderna ha sido construida en el sitio que ocupó la primera, como lo prueban los muchos fragmentos de columnas que se han hallado en el suelo, cuando la construccion de la iglesia.

Este es el primer sitio donde hemos hallado algunos túmulos; vimos unos seis de ellos mas allá de una lengua de tierra que reúne la poblacion con el continente.

Estos túmulos, así como los restos



Ruinas de una iglesia bisantina en Messemvria.

considerables de columnas, capiteles y vasijas de mármol descubiertos en muchos puntos, dan una elevada idea de la importancia que debió tener la antigua colonia griega. Segun la tradicion, mucho antes de la llegada de los turcos habia allí un barrio judío, que fué sumergido por la mar en época remota. En efecto, cuando el agua está baja, se descubren vestigios de construcciones.

En este punto reside ismael-Agha, que es el director de todos los lazaretos del golfo. Estas diferentes autoridades constituyen una aristocracia que da á la poblacion una fisonomia distinta de la que presentan otras localidades. Las mujeres son mas amables, y no echan á correr cuando ven á un forastero. En cuanto á los hombres, su familiaridad llega hasta el punto, que M. Laurens tuvo repetidas veces que suspender su tarea, porque se habia formado un corrillo en torno suyo que le ahogaba.

El recurso principal de Ankiolou es la agricultura, á la que se une la explotacion de buenas salinas. La pesca es nula, cosa singular en un paraje donde tanto abundan los peces. En una palabra, esta poblacion forma un contraste

singular, con su aspecto apacible, sus antiguas ruinas y sus pretensiones aristocráticas, con Bourgas y sus cargamentos de trigo.

Ismael-Agha nos convidó á comer, y tuvimos todo lo acostumbrado en una mesa turca; la placa de cobre estañado puesta sobre una especie de taburete; una inmensa cantidad de platos que apenas se huelen, tal es la rapidez con que pasan; ausencia de tenedores, cuchillos y vasos, una larga servilleta para todos, y por último la cantinela de *bouiroun* (pónganse Vds.). Por la noche Ismael-Agha nos hizo presenciara una pesca muy rara y que yo no habia visto hasta entonces. Muchas personas se adelantan lo mas que pueden en la mar (que debe estar en calma), arrojando ante sí una larga red, con los bordes levantados, y encima de ellos unos cabos de velas encendidos. Los peces, que están de buen humor por el buen tiempo, se ponen locos de contento cuando ven las luces, y se arrojan dando brinco en las redes.

Messemvria, que viene despues, presenta un aspecto muy pintoresco, debido á sus construcciones turcas, á sus trozos de murallas antiguas, á sus muchas iglesias griegas, y por último á su posición sobre una península bastante elevada que domina la costa y el golfo.

Dos de sus iglesias son de piedra y de ladrillos combinados de un modo nunca visto. Ningun género de construcción podria dar la idea de este estilo; es una mezcla extraña, pero elegante, de todo lo que conocemos. Sin embargo, el conjunto es oriental, aunque con mezcla de varias formas de occidente.

A la orilla del litoral de Messemvria se ve la cadena oriental de los Balhans, formando montañas poco elevadas y cubiertas de vegetación. Aquí hay ausencia completa de valles y de rios. El aspecto del cabo Emona, aunque no presenta la fisonomía siniestra y desolada de Kara-Bournou, produce un efecto triste con su aridez y su aislamiento, y con el ruido de las olas que á sus piés se estrellan. En esta parte de la costa ha habido grandes trastornos interiores de la naturaleza.

A la punta del cabo se ve un convento que está allí apacible y tranquilo como para conjurar las frecuentes borrascas de esta mar inhospitalaria.

Una escena imprevista que presen-



Labradores búlgaros vendiendo grano.



Vestidos búlgaros en Varna.

ciamos acabó de entristecer aquellas regiones para nosotros. Ya habiamos alzado nuestra tienda á la misma falda del cabo, cuando un buque mercante se paró á pocas brazas de la playa, y envió á tierra una chalupa con cuatro hombres encargados de enterrar á un compañero que habia muerto en la travesía como supimos luego. En efecto, los marineros saltaron á tierra, subieron lentamente una colina, depositaron el cadáver en el suelo, y abrieron la sepultura, recitando un oficio de difuntos con esa voz lenta y grave que acostumbra los rusos.

En todo esto hubo un recogimiento y una sencillez de acción que nos enternecieron. Luego vinieron á despedirse de nosotros ántes de volverse al buque, que bien luego desapareció, no quedando otra cosa de

esta escena tan profundamente melancólica, que un poco de tierra removida, que atestiguaba su triste realidad.

Con los restos de buques que habian naufragado, mas abundantes en esta playa desierta que en las otras, encendimos una soberbia hoguera, cuyos resplandores iluminaban á lo lejos los cabos, los bosques y las velas que pasaban en las brumas del horizonte. En esta memorable noche oímos un repiqueteo de campanillas que nos pareció inexplicable, y despues vimos que se agitaban en torno de la hoguera una porcion de sombras fantásticas... eran simplemente unos búfalos que habian acudido allí atraídos por el brillo de la llama. Sus formas antiluvianas y su expresión estúpida y feroz, exageradas aun por el claro-oscuro de la hoguera, eran mas que suficientes para aumentar las visiones de los sueños.

Desde el cabo de Emona hasta Varna, la costa no ofrece mas que una serie de colinas cubiertas de monte, con valles y llanuras perfectamente cultivadas. Las aldeas búlgaras se multiplican, y todo anuncia la proximidad de una ciudad importante.

Sin embargo, la vista de Varna no justifica en nada su título de capital de provincia, porque no es mas que un lugar sin monumentos, mezquitas ni fuentes dignas de mencionarse.

Residencia de un bajá, esta población es afamada porque ella fué el centro del antiguo espíritu de los genizaros. Cuando la destrucción de este formidable cuerpo, muchos de los que se fugaron se refugiaron allí, y difundieron entre los habitantes



Varna.

ideas de resistencia y de oposicion que aun se perpetuan; la prueba mas evidente que podemos dar de esto que decimos, es la repugnancia invencible que tienen todos los funcionarios públicos para adoptar el uniforme prescrito por el gobierno; todos los que pueden llevar aun el antiguo traje en todo su rigor.

Las fortificaciones exteriores de la ciudad tienen mas de 4,000 metros de circuito, y se componen de un recinto de baluartes y de un foso de 3<sup>m</sup> 50 de profundidad, con una anchura de 14 pasos. Hay algunos fuertecillos que comunican con la muralla. El sistema de estas fortificaciones, cuya direccion se confió á un ingeniero ruso, es sumamente defectuoso; el arsenal y el polvorin se hallan en el centro de la poblacion expuestos á los fuegos enemigos.

Dícese que los rusos han disparado tantos cañonazos contra esta desgraciada poblacion, que su suelo se quedó empedrado de balas; con ellas se llenaron inmensos almacenes, y muchos habitantes hicieron uso de ellas para reedificar sus casas.

La poblacion es búlgara y turca por mitad, y asciende á un total de seis mil almas.

Consagrados á la agricultura, los búlgaros muestran un carácter laborioso y hospitalario. Todo forastero que se presenta en una casa búlgara, puede estar seguro de hallar en ella una hospitalidad franca y desinteresada.

Pero el aspecto de sus pastores tiene algo de inculto y de salvaje, que inspira cierta repugnancia. Vestidos con pieles de carnero de piés á cabeza, con el rostro oculto bajo sus largos cabellos como estopa, rechonchos de formas, y provistos de largos garrotes, parecen los enemigos naturales de toda civilizacion y de todo gobierno.

X. H. DE H.

### Un rapto en 1805.

Siempre he sentido que las Memorias de Elena, la hija de Tindaro, la hermana de Castor y Polux, no hayan llegado hasta nuestros dias, si es que Elena ha escrito sus Memorias, lo cual es muy incierto. En ellas se hubieran visto sus dudas, su turbacion, su miedo, cuando el hermoso Páris, Alejandro, segun lo llama Homero, la decidió á abandonar el palacio de Menelao, y á huir en el fatal bajel que llevaba en su seno el germen de una guerra, que habia de perturbar la Europa y el Asia, dividiendo á los mismos dioses.

Con efecto, nada me parece grave, comparado á la fuga de una mujer que sale del umbral conyugal para seguir á un seductor.

Un artista de talento ha pintado esta escena; el cuadro se puede ver en el Museo del Louvre. El pintor representa á Elena llevada por Páris á la playa sin que la esposa culpable oponga resistencia. Ni piensa en su marido, ni en su hija; parece que no se ocupa mas que de tres esclavas que la siguen. La una va cargada con cofres que encierran vestidos y joyas preciosas, la otra conduce un mono favorito, y la tercera lleva en la mano un loro. Así, el pintor ha querido hacer comprender que Elena era maliciosa como un mono, habladora como una cotorra, y que sus galas ocupaban enteramente sus pensamientos. La intencion del artista no es lisonjera, se ve que ha podido pintar á Elena pero que no la amaba. Homero es mucho mas indulgente, y escusa á la jóven, empleando sus mas suaves colores para describirla; y si ella ha cometido una falta, no acusa á aquella á quien los mismos ancianos no pueden ver sin admiracion: la implacable Venus es la que ha dirigido el negocio.

Ahora bien, si tuvieramos Memorias, probablemente sabriamos cosas que nos harian disculpar á Elena; tal vez habia recibido de Menelao, hombre bastante grosero, alguna de esas injurias que las mujeres no perdonan. Sea como quiera, nos vemos obligados á encerrarnos en simples conjeturas; pero si la antigüedad no ofrece nada en esta materia, al ménos nos quedan las crónicas contemporáneas, y no carecemos de Memorias.

Lo que vamos á referir no está extraído de Memorias inéditas, lo hemos recogido de la misma boca de la heroína de esta historia, hoy ya muy entrada en años, cuya cabeza coronan blancos cabellos, y que recuerda aun temblando esta aventura de su juventud.

En la calle de la Chaussée d'Antin habia en 1805 una casa, de aspecto alegre mas bien que hermoso, perteneciente á M. Girard, banquero jóven, uno de los elegantes, ó como entónces se decia, de los currutacos de la época.

M. Girard estaba en el teatro de la Opera; no debia volver á casa hasta la mañana siguiente; y esto, habia dicho á su mujer, porque queria asistir á una cena dada por el famoso Michel, banquero tambien, pero mas rico que él; cena que debia celebrarse en una casa de campo de las cercanias de Paris, y durante la cual habian de arreglarse las condiciones de un empréstito en que queria tomar parte M. Girard.

Todo era falso; M. Girard unido al carro de la señorita Clotilde, primera bailarina de la Academia imperial de música, y una de las mas hermosas mujeres de aquel tiempo, debia pasear toda la noche á la bailarina en el bosque de Satory y el de Ville-d'Avray, sin volver á Paris hasta que luciera la nueva aurora. Era un capricho de artista.

— Oigo hablar siempre del silencio de los bosques, habia dicho la señorita Clotilde á M. Girard, de la calma que reina en ellos, del despertar de la naturaleza y de la aurora con sus rosados dedos; quiero ver como sucede todo esto... Vd. tiene una carretela, ¿no es verdad?

— Sí... es decir, mi mujer.

— Lo mismo es, su señora de Vd. no necesitará su carretela á media noche.

— ¡Oh! no, ciertamente.

— Tomará Vd. la carretela de su mujer esta noche; cenaremos en casa de Legacque, y á la una partiremos para Versalles; ¿Versalles y Satory están por el mismo lado?

— Sí, mi querida amiga... pero otro dia...

— No por cierto, respondió la señorita Clotilde (1), esta noche tendremos una magnífica luna, yo creo que Febé (entónces la mitología estaba de moda en la ópera), se levanta á la una de la mañana. Ya conoce Vd. que quiero ver en los bosques; de otro modo, no merecería la pena de ir allí... y además, tendría miedo.

Esta expedicion en noche de luna no era muy del gusto de M. Girard: tomar la carretela de su mujer para pasear en ella á su querida, le parecia tambien una cosa monstruosa; no porque estuviera enamorado de ella, sino porque le habia traído un caudaloso dote. La ley en 1805 autorizaba el divorcio, y M. Girard habia observado que su mujer, á quien creía muy celosa, estaba muy enterada de sus mas pequeñas acciones con un cuidado y una oportunidad sorprendentes.

Temia que su esposa se retirara á casa de sus padres, pidiera el divorcio, y por consiguiente su dote. Vaciló pues; la señorita Clotilde se apercibió de ello, y la bailarina, que representaba maravillosamente á Juno con el talle imponente de la mujer de Júpiter, dejó la otomana en que se hallaba recostada, y dijo con una majestad desdeñosa:

— Muy bien: dejaremos la partida para otra ocasion... Para otra luna.

— Es decir, exclamó M. Girard, ¿qué piensa Vd. ver esta con M. Herbois?

— ¿El Coronelito? Vd. me hace pensar en ello, dijo la señorita Clotilde, volviendo á ocupar la otomana, y poniéndose á jugar con las bellotas de seda que guardaban los cogines.

Ínútil es decir que la cena, la carretela y el paseo en el bosque de Satory fueron concedidos á la señorita Clotilde.

M. Girard tenia un primito, capitán de dragones, llamado Dupluyvier. Era un hombre de treinta años, bastante bien formado, y con aire marcial, un valiente de marea, atrevido, y dispuesto á todo, ya para ganar el grado inmediato, ya para satisfacer sus pasiones, y aun para adquirir fortuna. El capitán Dupluyvier á quien M. Girard miraba como á un amigo íntimo, estaba enamorado de su primita. Era una pasión verdadera, pero no desinteresada. El capitán no hubiera querido precisamente engañar al marido, solo hubiera deseado comprometer á la mujer, y empeñar de ese modo á los esposos á separarse; en tal caso el capitán se casaba con su querida, y el primero restituía el dote. Para conseguir esto, el capitán no habia hallado medio mejor que confesar á la mujer los secretos del marido. Así supo la jóven esposa en el mismo dia el compromiso de su marido, y el empleo que iba á tener su carretela.

— Mi querida prima, le dijo Dupluyvier, despues de haberla contado lo que el imprudente Girard acababa de confiarle, si yo estuviera en su lugar de Vd. no consentiría que una princesa de teatro ocupara mi carretela.

— ¿Y qué haria Vd.? preguntó esta secamente.

— Convidaria á comer al primito Dupluyvier: á las nueve mandaria poner el carruaje, y en su compañía iria á la sociedad del gran canciller Lacepede, á la cual estamos invitados los dos. Las reuniones del canciller acaban muy tarde, de manera que á la una de la mañana, en lugar de rodar por los bosques, la carretela estaría muy tranquila en el zaguan de la cancellería.

En vez de responder, la señora de Girard prorumpió en llanto, y dirigiendo la vista al capitán:

— La carretela, dijo, que se lleve la carretela, ¿qué me importa... convidar á Vd. á comer? ¿ir á la tertulia del canciller? vamos pues... quiero estar sola.

Tocó una campana con violencia, y una mujer de edad proveya, que habia sido su nodriza, entró en su salon.

— Marcela, diga Vd. que no recibo á nadie... ¿me entiendes? añadió con una mirada muy significativa.

— Sí, hija mia, respondió Marcela, con un signo de inteligencia.

Y la nodriza salió.

El capitán desconcertado, se retiró maldiciendo á las mujeres enamoradas de su marido, y dando á todos los diablos á la señorita Clotilde, á la carretela, y á su primo Girard.

La señora de este era una mujer de diez y ocho años, casada un año hacia, y que no hubiera pedido cosa mejor que amar á su marido. De mediana estatura, pero graciosa, los ojos y el cabello negros, la cara redonda, la nariz un poco remangada, el cutis blanco como la nieve; no era hermosa, pero sí muy bonita.

Huérfana dos años hacia, un tutor indiferente la habia casado con M. Girard; Hortensia no tenia mas que parientes lejanos, y su única guia, su único apoyo era su nodriza Marcela, mujer comun, de muy cortos al-

cances, que obedecia ciegamente á Hortensia, y que perfectamente instruida de los desórdenes de M. Girard, abrigaba en su pecho un odio profundo á este marido infiel.

— Escucha, Hortensia, decia amenudo á su hija, me parece que el castillo de Fremery es tuyo.

— Sin duda.

— Arreglemos nuestro equipaje, y vámonos á Fremery.

— ¿Para qué?

— Para escribir al Emperador que nos desembarace de tu marido; el capitán Dupluyvier será quien entregue la carta.

Hortensia se encogió de hombros. Aborrecia particularmente al capitán; no le gustaba su atrevimiento, y la irritaba el amor que le profesaba.

El Emperador se disponia á la sazón para su campaña de 1806, y reunia en Paris las tropas que habian de marchar para Alemania. La ciudad rebosaba de oficiales que ignoraban todavía la ruta que habian de emprender, y de regimientos, cuyo espíritu de cuerpo y mutuos celos ocasionaban frecuentes desafíos. La caballería ligera miraba con mal ojo á la pesada y á los cuerpos de preferencia, y los regimientos de la guardia imperial eran objeto de envidia por parte de todo el ejército. Fremery, del cual hemos hablado, estaba situado en la provincia de Yonne, y formaba parte del distrito de Courçon. En los húsares de la guardia habia un teniente que se llamaba Courçon; jóven perteneciente á una familia muy noble, que habia conocido la señora de Girard, y casi se habia criado con ella. Era muy rico, y una posesion que llevaba su nombre, y que le pertenecia, lindaba con la de Fremery; allí, á las márgenes de un arroyo, guarnecido de sauces, que separaba las dos propiedades, se habian visto, y habian sentido los dos una simpatía que debia crecer con los años.

Apénas hubo dado M. Girard á su mujer los primeros motivos de queja, cuando Alfredo de Courçon se presentó en casa de la esposa desolada. Venia á cobrar unas letras en casa de M. Girard, su banquero, y en ausencia del marido, fué naturalmente introducido en el salon de su mujer.

Marcela habia sido arrendataria de M. de Courçon, á quien vió nacer: amábalo, pues, casi como á su hija Hortensia, y uno de sus mayores placeres hubiera sido el haberlos casado.

El capitán Dupluyvier encontraba algunas veces á Alfredo de Courçon en casa de su prima, y esto no le agradaba mucho, no porque le diera celos un jóven de veinticinco años, á quien miraba como inferior á él en todo, sino porque M. de Courçon pertenecia á la caballería ligera, y él tenia el honor de ser capitán de un regimiento de línea, lo cual era bastante para que se trataran con mutua frialdad.

Cuando Hortensia vió entrar al amigo de su infancia, Alfredo de Courçon, su corazon se dilató, contemplándolo, no como á un vengador, sino como á un amigo á quien podría contar sus penas, y con quien podría llorarlas. Lo que sintió hacia él, no fué amor, sino tierna amistad; por fin, encontraba un corazon pariente del suyo, que iba á compartir sus dolores y á comprender las faltas de su marido.

Así pues, Alfredo fué su confidente, y participó de sus pesares. Era un muchacho honrado y franco, al cual, la casa paterna primero, y el campamento despues, habian librado de la corrupcion, pero era un húsar vivo, ardiente y poco pastoral. Por de pronto creyó que M. Girard merecia una correccion, y preguntó á Hortensia si le agradaria que la señorita Clotilde recibiera algunos latigazos que la levantarán cardenales en los hombros y los brazos, empresa de que él se encargaria, aunque se atrajera la animadversion de M. Remusat, superintendente de espectáculos.

Nada de eso era practicable.

Alfredo, que amaba con delirio á Hortensia, la propuso otra cosa; no la de engañar á su marido de esa manera, que consiste en ocultar unas relaciones culpables, sino en huir francamente, aconteciera lo que quisiera. Los dos eran ricos; él no solo poseia bastantes bienes en Francia, sino tambien en Inglaterra, donde un tio suyo, emigrado en 1789, le habia dejado muchas tierras, cuya renta, es verdad, recibia muy irregularmente, á causa de la guerra que se hacian estas dos naciones. Convenia, pues, huir á Inglaterra y dejar á M. Girard y á la señorita Clotilde que se arreglaran como les pareciera. El era oficial, pero daria su dimision. ¿Qué le importaba su gloria, si el amor iba á hacerle feliz?

Marcela, confidente de estos proyectos, los aprobaba todos con toda su alma.

Hortensia se negó por de pronto, tenia quejas de su marido, y Alfredo le agradaba, pero una voz secreta se dejaba oír dentro de su pecho que la retenia; sin embargo, estimulada por su nodriza, irritada por las continuas relaciones de Dupluyvier, que no dejaba pasar la menor falta del marido sin ponerla en conocimiento de la mujer, y vencida además por el amor que comenzaba á sentir hacia un hombre bello y jóven, era imposible que resistiera mucho tiempo. M. Girard continuaba alejándose de ella, cada vez mas abiertamente, y cuando Dupluyvier le refirió que debia tomar su carretela para dar un paseo nocturno con la señorita Clotilde, su despecho fué tanto mas violento, cuanto fué mayor su esfuerzo para ocultarlo. Habia despedido con dureza al capitán, y habia dado en su presencia orden de no recibir á nadie, pero el sonido de su voz, un movimiento casi imperceptible de los párpados habian bastado

(1) Nuestros lectores saben que el titulo de señorita sirve en Francia para distinguir á las solteras.

para que comprendiera la nodriza que Alfredo quedaba exceptuado de tan severa consigna, y aun que sería preciso ir á buscarlo si tardaba en venir: pero apenas Dupluyver hubo salido, se presentó M. de Courçon.

Hortensia le salió al encuentro.

—Alfredo! le dijo con la violencia con que había despedido á Dupluyver, Alfredo, ¿está Vd. dispuesto á robarme?

M. de Courçon creyó ver el cielo abierto.

—Sí, estoy dispuesto á consagrar á Vd. mi vida, respondió Alfredo, á libertaros de ese hombre que la desprecia á Vd. y la ultraja! ¡siempre, Hortensia, siempre!

—Bien, pues, esta noche estoy á la disposición de Vd.

—¿A qué hora, Hortensia? preguntó el jóven inclinando y besando sus hermosas manos.

—A las once.

—Bien.

—Pero está Vd. dispuesto, Alfredo?

—Sí.

—¿Cómo, pues?

—Acabo de ver al coronel, general de los húsares.

—¿Junot?

—Sí, Hortensia, Junot... el general me ha confiado una orden.

—¿En ese caso no está Vd. libre?

—Al contrario, Hortensia, se trata de llevar á Calais un pliego al prefecto marítimo... A Calais, Hortensia, á cuatro ó cinco leguas de las costas de Inglaterra.

—¿Y bien?

—Y bien, Hortensia, tengo una silla de posta, caballos, pasaporte, todo lo necesario para viajar rápidamente sin que me se moleste... debo partir á media noche. Mi silla tiene dos asientos, Vd. vendrá conmigo, una vez en Calais, entrego el pliego, envío mi dimisión al ministro de la guerra, un contrabandista no recibe en su barca, y al cabo de tres ó cuatro horas de travesía estamos en Douvres.

—¡Buena! pues á las once, estaré dispuesta, dijo Hortensia.

Las diez eran ya, el aire era apacible, y un poco fresco, porque había llovido durante el día. M. Girard estaba en la ópera, y su mujer en su cuarto de dormir, acompañada de Marcela. Su cuarto daba al patio de la casa donde se hallaban las cuerdas; la fuga estaba concertada; dentro de algunos minutos iba á aparecer M. de Courçon. Como Elena, la señora de Girard aguardaba á París, pero esta no había pensado en llevarse ni sus joyas ni sus cachemires, entónces muy raros, y por consiguiente muy costosos; léjos de hacerse acompañar por los monos y las cotorras, que el pintor había dado por compañeros á

«La culpable beldad, traidora á Menelao.»

Hortensia no pensaba ni aun en llevarse á Fox, su favorito faldero, que dormía en su nicho, soñando tal vez en las rosquillas que había de comer á la mañana siguiente.

Sentada en un sillón, con la mejilla apoyada en la mano, la señora de Girard se hallaba sumida en profunda meditación. Su ojo erraba por la cámara nupcial que iba á abandonar, fijándose en los muebles que la adornaban.

Sus miradas cayeron sobre un globo de cristal colocado entre dos urnas de alabastro, que encerraba las flores de blanco mate del naranjo: aquella era su corona virginal (1): aquellas eran las flores que M. Girard había desprendido de su negra cabellera, un año escaso había, en la primera noche de su matrimonio, en que se juraron ambos amor eterno y fidelidad recíproca. Indudablemente M. Girard era perjuro, ¿pero desde cuándo las faltas del marido autorizan las de la mujer? El divorcio era lícito, pero la ley que lo permitía le había puesto ciertas restricciones; había exigido cierto lapso de tiempo ántes de autorizarlo, á fin de que el esposo tuviera tiempo para arrepentirse y cambiar de conducta, y la esposa tiempo para perdonar. Por otra parte, aquí no se trataba de divorcio, sino de un rapto, de una fuga.

Hortensia tenía talento: hizo estas reflexiones, y dijo á su nodriza:

—No, no, Marcela, me quedo; despide á Alfredo, que venga mañana... mas tarde... veremos.

—¿Mañana? todo está dispuesto... es preciso que él parta esta noche, porque ha de llevar los pliegos que le ha confiado su general.

Era demasiado tarde para despedir á M. de Courçon, que se hallaba ya á los piés de Hortensia tomándola las manos, y procurando llevársela.

—No, no, decía esta, se lo suplico á Vd., Alfredo, no me pierda Vd.

(Se continuará.)

### Las excavaciones mas recientes en Pompeya.

Difícil sería visitar á Pompeya, en cualquier tiempo que fuese, sin hallar materia nueva é interesante para hacer reflexiones, descripciones; y justamente en la reciente actualidad presenta este mundo de tesoros arqueológicos tantos descubrimientos nuevos hechos en

(1) Nuestros lectores saben quizá que este es un adorno indispensable en las mujeres cuando van á celebrar su matrimonio.

los últimos dos años, que con placer comunicamos á nuestros lectores el contenido de una carta de Nápoles, fecha 14 de abril próximo pasado.

Las excavaciones mas considerables desde el descubrimiento de Pompeya acaecido en el año de 1721 con ocasion de abrir un pozo, fueron las de los años que siguen: en 1748 el anfiteatro, 1763 la puerta de Hércules, 1764 el teatro y el templo de Isis, 1811 la casa de Pansa, 1813 el mercado, 1818 dos templos de Mercurio y Venus, 1823 la casa del poeta dramático, 1826 la calle de Mercurio, 1829 la de la Fortuna, 1841 la de los Comerciantes, 1843 el Cuadrivio, y 1847 la casa de Lucrecio. En 1851 principiaron las excavaciones de una gran calle, que á esta fecha se halla enteramente descubierta. Al hallar sus primeras casas, creyóse que sería la calle de los plateros, pues se encontraron en muchas de sus tiendas una gran cantidad de artículos de oro y de joyas; pero descubrimientos posteriores no confirmaron esta suposición. Se ha hecho el cálculo de que una tercera parte de la antigua ciudad se halla ya excavada. Ya en el año del descubrimiento de Pompeya se partió del justo principio de que era menester poner á descubierta toda la extensión de las murallas de la ciudad, á fin de poder determinar de este modo hasta qué distancia debían extenderse las excavaciones para hacer descubrimientos. Estos, que entónces principiaron por la casa de campo de Arrio Diomedes, fueron recompensados; pues si bien no se hallaron aquí tantos y tan preciosos objetos del arte como en Herculano, sin embargo todo lo que se encontró estaba en un estado de mucha mejor conservación que en aquel punto. Esta circunstancia provendrá quizás de que Pompeya no fué sepultada en una lluvia de piedras y arena, y mas tarde inundada por torrentes de lava, sino cubierta meramente de ceniza. Así es que antiguamente se sostenía con frecuencia la asercion de que la lluvia de ceniza había sorprendido y enterrado á una gran cantidad de gentes en el teatro; pero al desear el teatro resultó que no había sido así, pues solo dos esqueletos se hallaron en él, y en toda la demás población solo unos ciento, sin duda enfermos ó ancianos que al sobrevenir la desgracia no habían podido huir. Las calles de Pompeya, de las cuales se han descubierto mas de veinte, tienen todas una direccion recta, están empedradas de lava, y contienen carriles; á ambos lados de las mismas hay aceras formadas de baldosas anchas, debajo de las cuales se hallan aplicados los conductos del agua. Las casas no son en lo general muy grandes, y comunmente de un piso, pero tambien se han encontrado algunas de dos y tres pisos. En las calles que se cruzan se ven frecuentemente fuentes adornadas de estatuas y otros trabajos. Las columnas de las galerías en las casas son de estuco, las paredes generalmente de lava, pulidas y adornadas de pinturas, que en su mayor parte se componen de arabescos.

Entre las habitaciones descubiertas son las siguientes las mas memorables: la posada para extranjeros; la Villa sub-urbana ó la casa de Arrio Diomedes, que tiene tres pisos, de los cuales el mas alto se halla destruido; un termópilo (una especie de taberna, donde se vendian bebidas calientes) con una estufa, lozas de mármol con letreros y una alacena para vasos; la casa de Cayo Salustio, una de las casas mas grandes y sobre todo provista abundantemente de adornos, delante de la cual habia estufas y escarapates para las vasijas de vino y aceite; la casa de Cayo Cejus; la de Pansa, con siete tiendas; la casa del poeta dramático, una de las mas elegantes y situada en frente de los baños públicos; la casa de los Dioscuros; las de Fauno, de Marte y Venus, la casa de las Bacantes, que tomaron sus nombres de las estatuas y pinturas que se hallaron en el interior; la casa con la gran fuente y una gruta llena de adornos de piedra y mosaico; la fuente está adornada de carretas ó mascarillas; la casa del emperador José, la del emperador Francisco, las del rey de Prusia y del duque de Toscana, todas estas casas llamadas así porque fueron excavadas en presencia de estos príncipes. Memorables son las murallas dobles que á la altura de 20 á 25 piés tienen un intervalo de 25 piés, y se hallan interrumpidas en estos intervalos irregulares por torres de tres pisos. Las piedras se hallan unidas sin argamasa. La puerta de Hércules tiene tres aperturas, pasando por la del medio de 15 piés de anchura el camino de las tumbas; las otras dos puertas laterales parecen haber sido destinadas para los paseantes. En uno de los templos se encontró la estatua de Ciceron vestido de toga, en la cual se notaron aun indicios de la púrpura. El mercado se halla rodeado de pórticos por tres partes, en medio de los cuales estaban las estatuas de los ciudadanos que habían merecido bien de la patria, y aun se reconocen sus pedestales. En una de las plazas hallóse sin casco con el relieve de la destruccion de Troya, y además una gran cantidad de otros caseos de bronce y hierro, armas de todas clases, y sesenta y tres esqueletos que se creen haber sido soldados. La basilica, que está separada del templo de Venus por una estrecha calle, se halla unida al foro por medio de una galería de columnas; debajo del tribunal se encontró una cárcel. La mayor parte de los baños públicos tienen siete entradas, y aun existen en parte las presas y cañerías. Sobre unas 1500 lámparas de Terrarolta y muchos utensilios de baños se hallaron aquí. El anfiteatro, situado en el centro de una gran plaza, tiene 50 filas de asientos para unos 50,000 espectadores: aquí se encontraron el esqueleto de una mujer y los de ocho leones.

El teatro, construido de mármol pario (de Paros) se halla aun conservado en casi todas sus partes; hace poco tiempo que aun se hallaron aquí muchos adornos.

En el Ponderario (almotacenazgo) habia pesas y pesos, como tambien dos esqueletos de hombres montados en otros dos caballos, que aun tenían campanillas en el pescuezo. Toda la calle ancha que desde el mercado conduce á los teatros, está llena de tiendas, en las cuales, como generalmente en todas las demás habitaciones, se pueden leer los nombres y el oficio de sus antiguos dueños, y tambien los anuncios públicos. Asimismo contiene la calle recién descubierta de Stabia tiendas en ambos lados; aquí son notables las pinturas al fresco, que se distinguen por lo frescos que aun se hallan sus colores. En esta calle se espera hacer aun ricos descubrimientos, pues la mayor parte de sus casas no ha sido todavía examinada. Una casa por muchos títulos distinguida de esta calle fué limpiada en presencia de los grandes duques de Rusia en el año de 1851. Tenía un pórtico de grandes dimensiones y un empedrado de lozas de mármol, hallándose aquí una elegante mesa de igual piedra, en cuyos piés habían sido trabajados adornos que representaban frutas de las formas mas hermosas. Ninguna de las columnas que corrían en círculo estaba entera, y solamente se encontró uno de sus capiteles, que podía llamarse mas bien grotesco que clásico. El objeto redondo al lado de una de las columnas, es un pozo que está acanalado alrededor; su borde tiene indicios de haber sido muy usado. La habitación del medio es grande y puede haber servido de Triclinio. Desde esta habitación se pasa á otras dos mas pequeñas á la derecha é izquierda que están casi enteramente destruidas. La pared principal de la derecha contiene un nicho con gradas, pero sin estatua alguna; varios enseres de cobre de cocina y algunas insignificantes detoraciones de jardín era todo lo que se ha encontrado en una casa de tan grande circunferencia. Así que se pasa por la puerta falsa de esta casa, se ve lo mas notable que hasta aquí se ha descubierto, á saber, el tejado completo de una casa. Cuando Pompeya fué cubierta y destruida por la lluvia de ceniza, se hundieron todos los tejados, y la falta de cuidado en las primeras excavaciones nos ha dejado en una completa ignorancia con respecto á la construccion de los antiguos tejados. Aquí pues tenemos por primera vez un tejado completo, que se compone de unas tejas de 12 pulgadas de longitud y 2 de anchura, cubiertas de una capa de argamasa que se echaba desde el lomo del tejado para hacer á este impermeable. El tejado es aun tan conservado como si se hubiera hecho ayer, y la casa misma está cercada y permanecerá probablemente así. Los trabajadores ocupados actualmente en las excavaciones azadonan y cavan con muy poca precaución, y un sobrestante muy poco inteligente está á su lado fumando estóicamente su pipa. Así que se encuentra algo se echa en un cesto, que vigila un soldado. El actual gobierno de Nápoles no parece interesarse mucho por Pompeya, pues durante la dominacion francesa se ha sacado á luz mas que ántes y despues de este período.

### Fiestas seculares en Berna

(21 y 22 de junio)

El lápiz y el buril corren mas que la pluma. Los dibujos que damos á continuación y que representan los principales episodios de las fiestas últimamente celebradas en Berna, han podido grabarse ántes de que nos llegue el artículo que debia acompañarlos, pero nuestros lectores no echarán de ménos dicho artículo, puesto que podemos tomar los siguientes detalles de un periódico publicado en Berna con el título de *La Suiza*, festigo ocular, como el que ha hecho los dibujos que hoy damos á luz, de ese jubileo secular á que han concurrido mas de cuarenta mil extranjeros.

«Vamos, dice el citado periódico, á resumir los principales hechos de la fiesta aniversario que acaba de celebrarse en conmemoracion de la entrada de Berna en la confederacion suiza, suceso que como es bien sabido tuvo lugar en 1353.

«Esta ha sido una funcion de las que solo se ven en nuestra Suiza, y esta vez mas característica y popular que nunca. El tiempo poco favorable por lo comun no nos ha dado el derecho de quejarnos en esta ocasion.

«La ciudad habia empezado su fiesta el lunes, adornándose con todo lo mas bello que la naturaleza y el arte pudiera suministrarla; rivlizando todo el vecindario en el celo y demostraciones que prueban la adhesion de Berna á la patria Suiza.

«Una parte de los convidados habian llegado en la mañana del lunes á Schonbühl á donde llegaron los caballeros de honor á las tres de la tarde. El abogado, M. Stettler, les cumplimentó, y M. Zehnder, presidente del gobierno de Zurich respondió en nombre de los convidados manifestando la satisfaccion que experimentaba al tomar parte en aquella fiesta; pues, según dicho señor dijo al fin de su discurso, la entrada de Berna en la Confederacion habia hecho á esta fuerte y gloriosa.

«La llegada de los convidados á la ciudad ha sido un buen augurio para la fiesta, pues el tiempo que estaba lluvioso se despejó, felizmente, alumbrando el sol á ese gran cortejo de coches engalanados con las banderas de los siete antiguos cantones.

«El presidente y vice-presidente del consejo nacional, MM. Hungerbühler y Pioda, estaban presentes, hallándose además representado el consejo de los Estados por

M. Blumer, vicepresidente, y por M. Ammann, elegido para sustituir á M. Briatte.

»La entrada del cuerpo de cadetes que tuvo lugar despues de medio dia, no fué la parte ménos interesante. Apesar de que estos jóvenes militares habian sufrido una lluvia continua, llegaron con la marcialidad propia de soldados acostumbrados á las fatigas de la campaña. Este cuerpo, compuesto de unos mil cadetes tenia sus granaderos y sus zapadores, que habian sabido darse un aire guerrero, completandola ilusion con una larga barba postiza. Todos iban bien armados y equipados, acompañando á unas doce piezas de artillería y precedidos por los jóvenes músicos de Melchnau y de Worb.

»La solemne recepcion de los con-

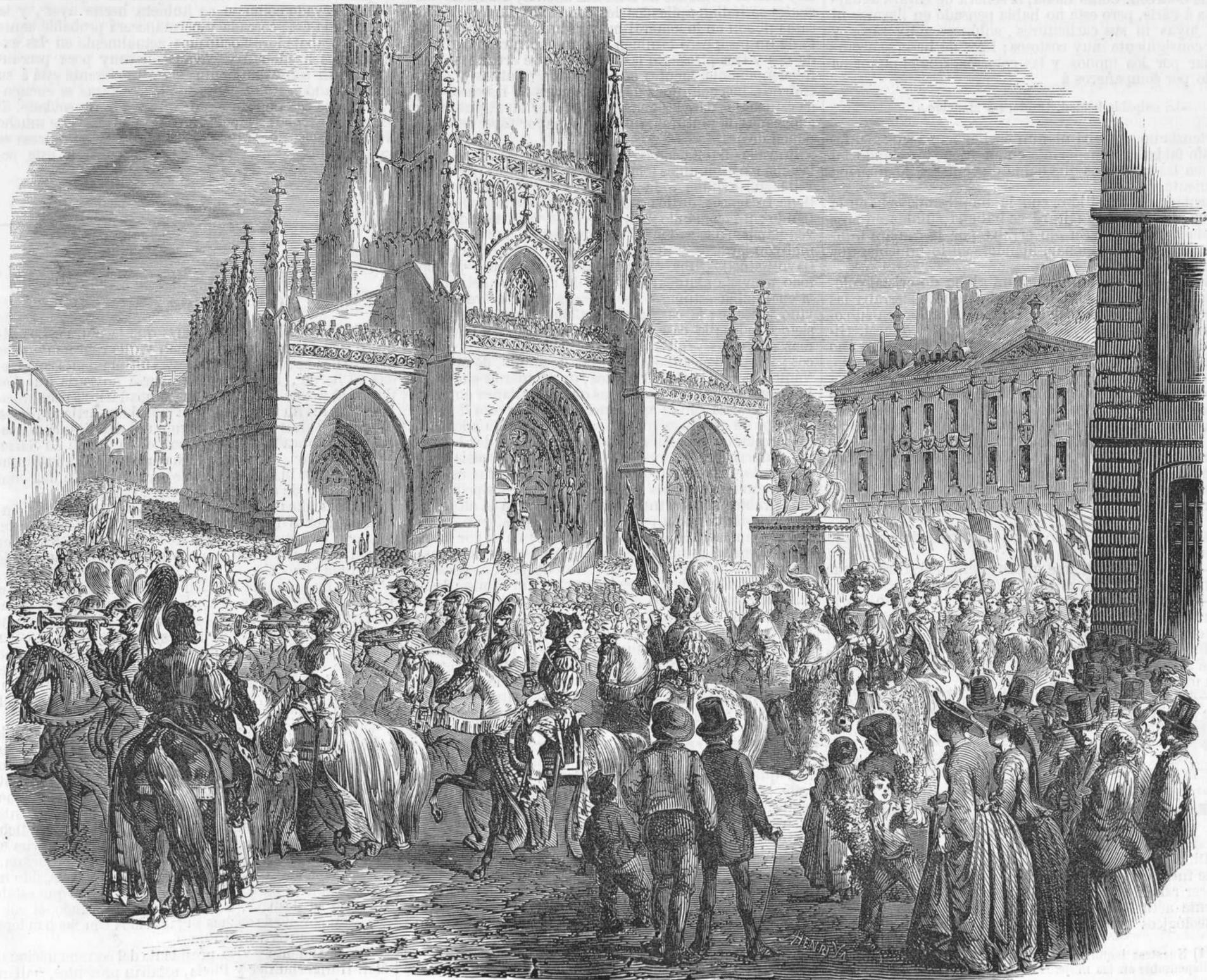


Fiesta secular en Berna. — Cabeza del cortejo.

vidados tuvo lugar por la tarde en Stift, habiéndose encargado el señor presidente Blasch de pronunciar el discurso de recepcion. El orador, despues de dar las gracias á los convidados por la benevolencia con que habian respondido al llamamiento que se les hizo, ha descrito brevemente los acontecimientos históricos, y en particular los de la primera mitad de este siglo, lamentándose de que Friburgo no tuviera representacion en esta festividad.

«Las disensiones, dijo, no son un hecho nuevo en la historia de estos cantones, pero no por eso han dejado estos de ser amigos, y debemos presumir que lo serán en adelante.»

M. Knusel, enviado de Lucerna, contestó en nombre de los convidados, y despues de manifestar su



Marcha del cortejo delante la catedral, y la casa consistorial.

gratitud por la fraternal acogida que habian merecido, hizo una excursion al campo de la historia, encontrando los mejores auspicios para el porvenir de la Confederacion en sus gloriosos antecedentes. Las nuevas instituciones, segun dicho señor, marcan una era nueva, y auguran el progreso de la Confederacion.

«En seguida los convidados así como la diputacion de Berna se encaminaron al palacio de Erlach para hacer una visita al consejo federal. M. Näff, presidente de esta corporacion, les dirigió una alocucion, á que contestó uno de los delegados, M. Muheim, haciendo protestas de adhesión á la nueva Confederacion.

»Por la noche hubo banquete en la casa de los Panaderos, donde los convidados se habian hospedado. El señor coronel Tavel, presidente de la administracion municipal tomó aquí el primero la palabra, dirigiéndose á los individuos de las autoridades federales, á las diputaciones de los ocho antiguos cantones y á la de Soleure. El orador, hablando en nombre de la ciudad de Berna, ha sabido hacerse oír con interés y obtenido muchos aplausos. M. Hun-

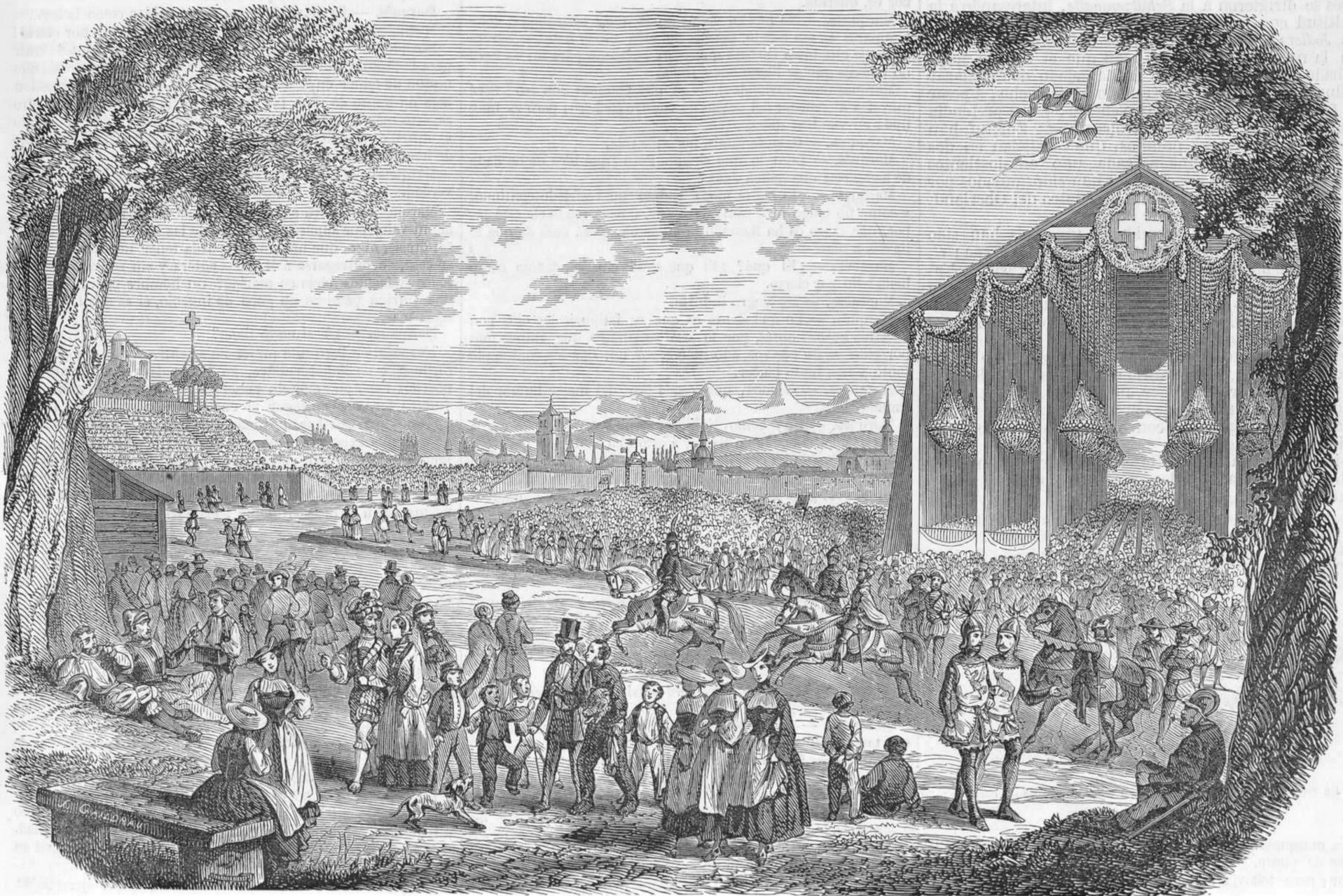


Fiesta secular en Berna. — Rodolfo de Erlach acompañado de un paje y el clérigo Baselwind.

gerbuhler presidente del consejo nacional, contestando, pronunció un discurso en el cual recordó las antiguas glorias de Berna y sus notabilidades tanto civiles como militares. Enalteció el principio que debe dominar en un estado republicano, á saber, que la minoría está obligada á respetar las decisiones de la mayoría. «Berna, añadió, ha sido grande y fuerte, porque se ha conservado fiel á este principio: así continuará como cantón á la cabeza de la Suiza alemana, formando la union entre el Este y el Oeste, y siendo como ciudad la corona de las ciudades suizas, la nueva y fiel ciudad federal en el libre país de los confederados.»

«En la mañana del 20 llegó la diputacion de Ginebra, que presidia M. Luis Naville, no habiendo podido asistir el general Dufour. Esta comision fué recibida con las mayores muestras de simpatía por MM. Fischer, presidente del gobierno, Bloesch y Banderli. Por una y otra parte se han prodigado los testimonios de mutua estimacion.

»En el mismo dia han entrado las compañías de canto y de equitacion, los gladiadores, los tocadores del cuerno, de los Al-



Plaza y pabellon de la fiesta cerca de las Grandes-Murallas.

pes, (*Alphorublaeser*) y los cantantes de las tirolesas (*Jodler*). Estos músicos precedían al cortejo de las diputaciones de Schwitz, Unterwald y Lucerna, y durante dos días han divertido á la muchedumbre.

»El sol se asoció á la apertura de la fiesta, que tuvo lugar el martes por la mañana. Despues de la ceremonia religiosa, el cortejo oficial atravesó las calles principales, sembradas de flores, dirigiéndose á la ciudadela, cuyo anfiteatro se llenó con los convidados, los cantantes y un público inmenso. Esta asamblea al aire libre, en frente de los Alpes; este millar de voces armoniosas elevándose al cielo y glorificando á la patria, presentaba un espectáculo sublime. Los discursos de los dos oradores de la fiesta MM. Fischer, presidente del gobierno de Berna y Zehnder, presidente del gobierno de Zurich, han sido religiosamente escuchados y aplaudidos.

»Los ejercicios de los cadetes en Wylerfeld, por la tarde, fueron interrumpidos en parte á causa de la lluvia; pero no por eso las esperanzas militares de la Suiza dejaron de llamar la atención robusteciendo en sus evoluciones la buena opinion que hicieron formar á su entrada en la ciudad.

»La mañana del 22 se anunció bastante mal. Una lluvia persistente hacia creer que se dejarían para el día siguiente los ejercicios de lucha y de gimnasia; pero á eso de mediodía las nubes se disiparon, el sol brilló con toda su fuerza como para saludar al pomposo cortejo histórico preparado con tanto celo, el cual empezó á las tres su marcha cruzando en buen orden las principales calles. Los antiguos héroes de la Suiza, sus valientes soldados, estaban representados dignamente, y la muchedumbre no se cansaba de ver esta magnífica representación. Lo que no podríamos describir es la riqueza de trajes de los principales personajes, los cuales montaban soberbios caballos lujosamente enjaezados, ni el maravilloso contraste de muchos centenares de uniformes distintos representando las trece abadías, los ocho cantones primitivos, etc. Despues los músicos caprichosamente vestidos, las escoltas de los caballeros con casco y coraza, el desfile de las veintisiete banderas, de los cañones y del botín tomado al enemigo, los coches cargados de trofeos, etc. Apenas puede formarse una idea de este espectáculo y de esta magnificencia.

»Los cañones eran tirados como en los antiguos tiempos, siendo llevados á Nueva-villa, á donde fueron á parar despues de la victoria.

»Las distintas comisiones que tanto han trabajado para el buen éxito de esta fiesta han debido experimentar una gran satisfacción al ver que todo ha respondido á sus esfuerzos.

»Un espectáculo no ménos interesante se ha ofrecido á la multitud durante la noche. Era este un espléndido banquete preparado en el gran pabellón ricamente iluminado. El arco de triunfo centelleaba de luces; una inmensa cruz resplandeciente también se elevaba sobre el observatorio, ofreciendo un aspecto encantador.

»La fiesta continuó el jueves. Los gimnastas y luchadores se dirigieron á la *Schützenmatte*, interesando á la multitud con sus ejercicios de habilidad ó de fuerza. Los *Jodlers* y los *Alphornblasers* animaban el cuadro con la música de los Alpes, sin que el tiempo haya turbado el regocijo aunque no ha dejado de amenazar la lluvia. J. V. Beer ha triunfado en la lucha, á pesar del famoso turco á quien ha vencido, y que pretendía ocupar el primer rango en Europa. Beer y Zurftuf, han obtenido los primeros premios, que consistían en dos grandes bueyes estimados cada uno en doscientos francos. Los diez y seis premios han sido ganados por ocho luchadores del Emmenthal, cuatro del Oberland, tres de Unterwald y uno de Lucerna.

»Los seis primeros premios de gimnasia han sido obtenidos por MM. E. Matti y Schupbach, de Berna; G. Neuhaus, de Bienna; Rod. Gerwer, de Berna; Nic Tschini de Bienna; Guill Roder de Berna, M. Pedrazzi, cuya preeminencia es incontestable, ha renunciado á la corona y al premio. También ha habido premios para otras clases de ejercicios.

»Esta fiesta ha sido presidida por el consejero de estado M. Brunner, que la abrió con un discurso elocuente, y dirigida por M. Kupfer, negociante, que ha presidido á la distribución de los premios y animado con su palabra como algun día con el ejemplo esos ejercicios útiles y saludables.

»El último día de la fiesta ha sido coronado por los vistosos fuegos artificiales que han tenido lugar en *Schützenmatte*.

P. de P.

## UNA ESCENA CONYUGAL.

### COMEDIA.

#### PERSONAS.

EL MARQUÉS.  
LA MARQUESA.  
LUISA, camarera.

La escena es en París. (Un gabinete elegante. — Es de noche.)

#### ESCENA PRIMERA.

La marquesa (en una butaca junto á la chimenea haciendo labor de punto.) — Seguramente que es cosa fastidiosa esta labor; pero todavía la encuentro ménos mala que bordar un

perrito, como hace la hija de mi portera. (Levanta los ojos hacia la chimenea.) ¡Calla, ya está ahí mi periódico! ¿Por dónde ha entrado?... De veras que no me acuerdo. Esta labor la tiene á una absorta enteramente; ¡qué horror! (Abre el periódico.) Parece que continuamos en república. Lo siento por mi madre; pues por lo que á mí hace, lo mismo me da... ¡Calla! ¿Con qué hay ahora dos emperadores en Alemania?... Ya se devorarán.... «La espada de la Francia....» Mucho se habla de la espada de la Francia... ¡Vaya! trabajemos y no pensemos en nada, si es posible. Debiera inventarse para las mujeres una clase de ocupacion conveniente que les impidiese dejar correr su imaginacion.... porque hay que convenir en que este es nuestro mayor mal.... (Entra Luisa.) ¿Qué ocurre?

Luisa. — Una carta para la señora marquesa.

La marquesa. — Dádmela. (Sale Luisa. La marquesa deja su labor.) ¿Qué significa esto? ¿Quién será la amable persona á quien debo un pretexto para holgazanear un rato? Recibir una carta estando sola, de noche, y al amor de la lumbre, es toda una aventura, un misterio encantador, que, como todos los misterios encantadores, termina en un desengaño. Veamos. (Abre la carta.) Pues no conozco la letra... (Leyendo.) «Señora, un amigo sincero se toma la libertad de anunciaros que vuestro esposo, el señor marqués, tiene una cita con madama de Rioja, la cual le espera esta noche á las nueve en su casa, calle de Choiseul.» ¡No hay firma!... ¡Qué infamia! (Arroja la carta al fuego.) ¡Esa Rioja, que es una peruana, mejicana ó cosa tal, caída de las nubes y viuda de no sé quién! ¡Y se recibe á esas gentes! Estos extranjeros son como la guardia nacional, que en todas partes se cueclan. Hay además que es una mujer perdida, de quien nadie hace caso. Creía que mi esposo tuviese mejor gusto: esa mujer es fea, ó por lo ménos soy yo mas hermosa que ella: solo el marqués no lo echa de ver con sus ojos de marido. (Vuelve á tomar su labor.) El marqués es, ni mas ni ménos que los demás hombres: soy su mujer, y es todo cuanto necesita: le amo, y creo que ese es un lujo sin el cual se pasaria de buen grado. El marqués oye decir que es feliz en tenerme por esposa, y el oír eso es lo que le hace feliz... (Despues de una pausa.) Si tuviese hijos, mi vida seria ménos triste y no me quejaría... ¡Vaya un honor que le resultará de recibir los favores de esa peruana, de una mujer mulata!... Será un capricho, si se quiere... ¿Pero quién me dice que no mienta ese miserable anónimo? Esa cita es á las nueve: son ya las ocho y media, y sé que mi marido está trabajando muy tranquilamente en su cuarto.... (Llaman.) ¡Ay, Dios mio, él es! (Hace labor reprimiéndose.)

#### ESCENA II.

LA MARQUESA. — EL MARQUÉS, en traje elegante.

Marqués. — Quieta, quieta, hija mia; soy yo. (Sé acerca á la chimenea, se calienta los piés, y continúa con aire distraido de galantería.) ¿Qué linda labor es esa que traéis entre manos?

Marquesa. — Antes de hablar, mirad lo que llamais linda labor.

Marqués. — Pues porque la he mirado os pregunto qué labor es, querida.

Marquesa. — No hay tal cosa: estais muy ocupado en contemplaros en ese espejo, porque de otro modo habrais advertido que esta tosca corbata que estoy haciendo para mi cochero no merece que se llame labor linda.

Marqués (con jovialidad). — ¿Y qué tenemos con eso? Será muy fea al rededor del cuello de vuestro cochero; pero es muy linda en vuestras manos.

Marquesa. — Galante estais, por vida mia.

Marqués. — Digo lo que siento. Pero ¿qué idea os ha dado de hacer este obsequio á Juan?

Marquesa. — El pobre mozo padece un resfriado continuo, y como no tengo otra cosa que hacer, quiero regalarle esta labor, que tanto os ha llamado la atención. ¿Será cosa de que lo lleveis á mal?

Marqués. — ¿El qué? ¿El que seais tan bondadosa como bella? No por cierto.

Marquesa. — Me alegro infinito.

Marqués. — Lo que siento es que os fatiguis los ojos con vuestras buenas obras, por lo cual os suplico que mireis mas por ellos, si no por vos, á lo ménos por mí, que los contemplo tanto y con tanto placer.

Marquesa. — Vamos, que estais hoy del mejor humor del mundo.

Marqués. — Hoy como siempre, estoy enamorado de vos, á pesar de que han dado en llamar á esto una ridiculéz.

Marquesa. — ¿Es cosa de que os vais á morir?

Marqués. — No os entiendo. ¿Porqué no he de estar enamorado de vos? ¿No sois acaso la criatura mas linda del mundo?

Marquesa. — No digo lo contrario; pero tengo el honor de ser esposa vuestra, y este es, al ménos á vuestros ojos, un inconveniente muy capaz de anular todas mis bellas cualidades.

Marqués. — ¿Y dónde está la razon de esa sinrazon que me atribuis?

Marquesa. — Como es fácil acostumbrarse á todo, supongo que para que yo no me acostumbre, os mostrais por lo regular tan sobrio de las lindezas que habeis dado hoy en prodigarme. Pero si no es indiscrecion, ¿quereis decirme á dónde vais tan elegante?

Marqués. — A mi tertulia; pero volviendo á vuestras provocaciones...

Marquesa. — ¿A vuestra tertulia? Pues no acostumbrais á ir con tan brillante traje.

Marqués. — Hoy es de rigor el ir así, porque esta noche presentan un personaje de distincion, un soberano de no sé qué país.

Marquesa. — ¿Peruano quizás?

Marqués. — ¿Porqué lo decís?

Marquesa. — Porque cuando se viene de tan lejos, es muy fácil hacerse pasar por lo que uno quiera. ¡Como nadie ha de ir á averiguarlo! ¿Es casado ese cacique?

Marqués. — En verdad que no lo sé. ¿Porqué me haceis esa pregunta?

Marquesa. — Porque os advierto que no recibiré á su mujer. Estoy muy cansada de los extranjeros en general, y en particular de las extranjeras. ¿No creéis, como yo, que no es gran cosa el bien que nos viene de esas regiones? ¿A qué hora teneis que ir á la tertulia?

Marqués. — A cosa de las nueve. ¿Es eso despedirme?

Marquesa. — Como querais.

Marqués. — Convenid al ménos en que si es así, pagais muy mal mi galantería.

Marquesa. — No la prodiguis demasiado, pues llegaríais á alarmarme, y acabaria por pensar que cuando tantos polvos de oro me arrojaís á los ojos, es que os conviene cegármelos.

Marqués. — ¡Dios mio! ¿Tendria la dicha de que estuviérais algo celosa?

Marquesa. — Si lo estuviese, no os lo diria, sino que os lo probaria.

Marqués. — ¿Y cómo, señora?

Marquesa. — Dándoos muy buenas razones para que estuviérais celoso de mí.

Marqués. — ¿Muy buenas razones, señora?

Marquesa. — Excelentes, caballero: razones que serian las mejores del mundo.

Marqués. — Permittedme advertiros que eso seria una injusticia.

Marquesa. — ¿Una injusticia? Os aseguro que no os entiendo.

Marqués. — No puede ocultarse una penetracion como la vuestra que la infidelidad de una mujer es incomparablemente de mayor gravedad que la infidelidad de su marido, por ejemplo.

Marquesa. — ¿De veras? Con que, segun eso, la palabra *deber* es una palabra de doble sentido, una especie de dios misterioso de dos caras, que nos mira á nosotras con ojos implacables, al paso que á vosotros os sonríe afablemente? ¿Es acaso la palabra *deber* un término ambigüo que en vuestra fracsomería conyugal os reserva la infidelidad como un derecho, y á nosotras nos deja solo los beneficios infamantes de un contrabando criminal?

Marqués. — Permittedme...

Marquesa. — No permito. Tenemos, pues, que en materia de honor no os atreveríais á violar las condiciones que tuvieseis pactadas con vuestro ayuda de cámara; pero la fe jurada á vuestra mujer, el cambio de juramentos hecho entre ella y vos al pié de los altares, eso ya es otra cosa; para eso no hay reparo. Nos teneis equiparadas (y esto en tiempo de república) á los negros que os debian todo, y á quienes no se les debia nada.

Marqués. — Perdonad, pues no he dicho tal cosa, ni la he pensado siquiera. Un hombre que se permite una infidelidad contra su mujer, me parece que comete una accion bastante mala, una falta muy reprehensible.

Marquesa. — Sí, ya entiendo; una calaverada.

Marqués. — Un crimen, si quereis: pero con circunstancias atenuantes, que no pueden en manera alguna ser aplicables á la falta de una mujer.

Marquesa. — ¡Oh, eso por supuesto!

Marqués. — Es indudable, si quisiese hablar como la ley...

Marquesa. — La ley, la ley! ¡Linda invocacion por cierto!

Marqués. — Diria que la infidelidad de una mujer puede traer para la familia, para la sociedad, consecuencias desastrosas que no son de temer en la del marido... No quiero ver la cuestion bajo un punto de vista tan positivo, y la examinaré bajo otro aspecto mas digno de ambos... Pero aun así y todo, el asunto es difícil de explicar, y me alegrara que me evitais el trabajo de hacerlo, adivinándome.

Marquesa. — No veo la cosa muy clara, si os he de decir la verdad.

Marqués. — Podrá ser: ¿creéis, señora, que una mujer, de algun valor por supuesto, pues son de las que hablo únicamente; creéis, digo, que una mujer pueda tener un amor fuera de su casa, sin entregarse á él toda entera y sin ser criminal por todos conceptos hacia su marido? Un hombre podrá gastar en una intriga pasajera un poco de ingenio, si es que lo tiene, y nada mas...

Marquesa. — ¿Y si no lo tiene?

Marqués. — Pero una mujer no se entrega por tan poca cosa, lo digo en honor vuestro, en honor de vuestro sexo... no podríais tener un amor sin poner en él toda vuestra alma, todo vuestro ser, sin entregar al enemigo vida y bienes; al paso que nosotros no hacemos mas que robar algunos momentos de ocio á la existencia conyugal, vosotras la abandonais enteramente, y creais una vida nueva y completa al lado de la que habeis prometido vivir para nosotros. Nuestros errores son faltas de miramiento que pueden introducir por un momento la perturbacion en el matrimonio: los vuestros son una ruina absoluta é irremediable... Por eso no me parece aplicable en este punto la pena del talion. Por lo demás, es muy posible que yo me explique mal ó que vos no tengais toda la imparcialidad necesaria para fallar en esta causa, que á Dios gracias, ni á vos ni á mí nos concierne.

Marquesa. — ¿Habeis concluido?... Pues es lo mismo que yo decia: cuando vosotros nos engañais, sois unos calaveras que merecis unos azotes; pero cuando nosotras os engañamos... ¡Oh! entónces merecemos el tormento ordinario y extraordinario. Por cierto que la conclusion no puede ser mas equitativa ni mas galante... Buenas noches. Marchaos á vuestra tertulia, que ya son las nueve.

Marqués. — Advertid, querida, que eso es ponerme en la puerta.

Marquesa. — Supongo que en ello no os causo mala obra, ni á mí tampoco; con que, buenas noches.

Marqués (besando la mano á su esposa). — Meditad un poco mis teorías, y veréis que no dejan de tener su parte de verdad.

Marquesa. — Lo que os aseguro es que haríais muy mal en reducir las á la práctica.

Marqués. — ¡Oh! esto no es mas que un simple ejercicio de

oratoria. Mañana, si quereis, defenderé lo contrario. Buenas noches. (Vase.)

## ESCENA III.

LA MARQUESA, sola.

(Deja la labor, se sienta, y se pasea hablando.)

Esto es lo que se llama descaro, ó yo no lo entiendo. ¡Todavía estaba viendo el momento en que iba á tratar de convencerme de que debia estarle reconocida! ¡Preciso es que sea tentacion bien fuerte la de hablar de lo que preocupa nuestra imaginacion, para que un hombre que va á ver á su querida no pueda privarse de hablar de ello á su mujer!... ¡Ese hombre es un malvado... vicioso por principios y por cálculo... y lo peor es que seguramente se va con la conciencia mas tranquila despues de esa media confesion y de esa cavilosa apología! Es bien cierto que no pensaba en mí, ni en mi susceptibilidad, ni en mis celos, al sostener su ridicula tesis; lo que únicamente buscaba en ello era una satisfaccion para sí propio, y una especie de estímulo... (Despues de una pausa.) Esa criatura, con sus dos enormes ojos que la comen la cara, es necia como un tulipan... ¡Vaya! Buen provecho les haga: eso es cosa que solo merece desprecio. (Vuelve á sentarse, acerca sus piés á la chimenea, y se cruza de brazos.) ¡Buena seria que una mujer honrada se pusiese á llorar por esa madama de Rioja!... ¡Y sin embargo, es cosa bien triste!... Daria en este momento un brazo por tener un hijo á quien abrazar. (Se enjuga los ojos. Sale Luisa.)

## ESCENA IV.

LA MARQUESA. — LUISA.

Marquesa. — ¿Qué se ofrece?

Luisa. — Un caballero acaba de entregar esta carta para la señora marquesa.

Marquesa. — ¡Un caballero! ¿Quereis decir un criado!

Luisa. — No señora, es un caballero

Marquesa. — ¿Un caballero anciano?

Luisa. — No señora.

Marquesa. — ¿Pero qué es lo que quiere?

Luisa. — Traia esta carta para vos, señora.

Marquesa. — Dadme acá. (Toma la carta. Vase Luisa.)

## ESCENA V.

LA MARQUESA, sola.

(Abre la carta y da un grito de alegría.)

¡Ay, de Armando!... ¡No ha muerto; cuánto me alegro! (Lee con precipitacion.) Ha llegado esta mañana... y me hará mañana su visita... ¡Mañana! ¡Vaya una tontura! ¿Y porqué no esta noche? ¡Pobre muchacho! Son delicadezas muy propias de su carácter... Parece que está desconocido... No es extraño; hace cuatro años que anda viajando á través de toda especie de países montañosos, cuatro años, desde que me casé... ¡Qué corazon el suyo, y qué amor!... Sin duda estará ya curado de él cuando ha vuelto. (Toma su labor.) ¡Oh! seguramente podremos ya volvernos á ver sin peligro: yo soy casi una vieja, y él un viejo enteramente, á lo que dice... Por mi parte creo que lo que habrá hecho será ponerse algo mas moreno. De seguro que tendrá mil aventuras terribles que contarme... viene perfectamente para hacerme soportables las horas largas de invierno... (Se pone á escuchar.) ¡Cómo! ¡No puede ser! ¡El carruaje ya! Pues no hay mas que es el marqués. (Riéndose.) ¡Vaya una catástrofe! Sin duda no la habrá encontrado en casa... La desventurada habrá dado algun golpe en vago... Ya está aquí. (La marquesa trabaja con afán.)

## ESCENA VI.

LA MARQUESA. — EL MARQUÉS.

Marqués (de mal humor). — A ver si haceis, querida, que en lo sucesivo pongan mas luz en vuestra antecámara: hay que estar tentando una hora para atinar con la puerta. Si creeis que basta la lamparilla de la escalera, estais muy equivocada.

Marquesa. — Pues qué, ¿hace una hora que estais ahí?

Marqués. — ¡Yo lo creo! (Se sienta con enojo. Despues de un momento de silencio continúa): ¿Qué adefesio es ese que estais haciendo?

Marquesa. — La linda labor que tanto os llamó la atencion hace poco.

Marqués. — Pues entonces la miré mal: parecen unas calcetas vistas con microscopio: ¿porqué no haceis puntos mas menudos? Eso es mas bien una red de pescar.

Marquesa (sin levantar los ojos). — Como no trabajo para vos, me pasaré sin vuestra aprobacion. Y luego, no son medias lo que estoy haciendo, sino una corbata, como ya creo haberos dicho.

Marqués. — ¡Ah! si es una corbata, ya es otra cosa.

Marquesa. — Convengo en que no es una misma cosa una corbata que un par de medias... Os advierto, marqués, que lo que estais haciendo rodar con el pié es mi ovillo.

Marqués. — Perdonad.

Marquesa. — Si no es demasiada molestia, ¿quereis tener la bondad de dárme lo?

Marqués. — No le volveré á tocar.

Marquesa. — ¿Os negais quizás á cogérmelo?

Marqués. — No por cierto, pero creia que teniais costumbre de dejarlo en la alfombra.

Marquesa. — Pues es un error muy grande... y vaya, ¿qué clase de hombre es ese señor extranjero, por otro nombre el cacique?

Marqués. — No sé: no ha venido.

Marquesa. — ¿Con qué ha sido inútil todo vuestro esmero en ponerlos elegante? Como os conozco bien, presumo que estaréis mas que medianamente irritado.

Marqués. — ¿Es eso quizás decirme que me encontráis fastidioso?

Marquesa. — Antes bien os encuentro encantador. Ya veis, cuando podiais estar jugando toda la noche en vuestra tertulia, preferis venir á pasarla al lado de vuestra esposa... El que me hace un beneficio nunca lo pierde, marqués, y en cambio de vuestro sacrificio voy á daros una buena noticia.

Marqués. — ¿Cuál?

Marquesa. — Puede que me equivoque: decid, ¿no conocisteis mucho en otro tiempo á M. Armando de Villiers?

Marqués. — Sí, pero hace ya muchos años que no le veo. He oido decir que debe estar por la China.

Marquesa. — Pues no está en la China, marqués.

Marqués. — Bueno.

Marquesa. — Y no solo no está en la China, sino que mañana le veréis... Me ha preguntado si podria recibirle... ¿Estais contento?

Marqués. — Sí por cierto... ¿No os hizo la corte ántes de vuestro matrimonio?

Marquesa. — ¿Eh?

Marqués. — Sí. ¿No es cierto?

Marquesa. — Algo hubo de eso.

Marqués. — Y hasta creo que se trató de vuestro matrimonio con él, si no me engaño.

Marquesa. — No es extraño que hubiese corrido esa voz; pero os presentasteis vos, marqués... (inclinándose) y con eso está dicho todo.

Marqués. — ¿Con qué no le amabais?

Marquesa. — No sé: era todavía muy niña, y no podia darme cuenta de los sentimientos que experimentaba.

Marqués. — ¿Debo pensar que estuvieseis en esa misma ignorancia con respecto á mí, señora?

Marquesa. — Me estais preguntando cosas del otro mundo. ¿Cómo quereis que me acuerde de lo que pensaba hace cuatro años?

Marqués. — De todos modos, eso es que de seguro no amabais á Armando.

Marquesa. — No tan de seguro: lo que tiene es que no le amaba mas que á otro cualquiera.

Marqués. — ¿Segun eso le amabais un poco?

Marquesa. — Poco, mucho, apasionadamente, ó nada... Como querais. ¿A qué vienen ahora esos celos retrospectivos, querido marqués?

Marqués. — ¡Celoso yo! ¿En qué estais pensando?

Marquesa. — No os pido que lo estéis, sin embargo de que el aparentarlo creo que seria por lo ménos una muestra de cortesía; pero si para no estarlo os fundais en el efecto que pensais haberme causado con vuestra homilia sobre los casos de conciencia, puedo aseguraros que no he sacado de ella el menor fruto. Tengo sobre el particular ideas que serán propias de mi sexo, como las vuestras son del vuestro: conservadlas, pero soy demasiado leal para no advertiros que tambien yo conservaré las mias.

Marqués. — ¿Es eso una amenaza?

Marquesa. — No lo creo, así como supongo que vuestra magnífica defensa no seria una escusa.

Marqués. — Vamos, ya habeis visto que eso fué una chanza.

Marquesa. — Pues tambien soy yo aficionada á chanzas... Ha cambiado el viento, querido, como decia mi madre.

Marqués. — Si os empeñais, marquesa, estoy pronto á confesar que en materia de infidelidad las faltas de un marido son iguales á las de una mujer. Vamos, ¿podeis exigir que sea mas razonable?

Marquesa. — Es que yo sostengo que la falta de un marido es doble mas grave que la de una mujer.

Marqués. — A eso os diré lo que M. Trisontin: la paradoja es de mucho bulto.

Marquesa. — En primer lugar, confesad que las mas de las veces colocais á la esposa en la alternativa de engañaros ó de morir de fastidio. La virtud, por sólida que se la suponga, necesita un poco de estímulo y otro poco de apoyo, y le negais una cosa y otra.

Marqués. — ¡Yo, querida!

Marquesa. — ¿Quién habla de vos, á ménos que sea vuestra conciencia? Hablo de todos los maridos del mundo. Los hombres tienen mil modos de pasar el tiempo, de ocupar su imaginacion, de poner en juego su actividad, y tienen en su mano la eleccion de distracciones. Si con todo eso van á buscar aun las emociones de la infidelidad, convenid en que es solo por obrar mal.

Marqués. — ¡Oh, en cuanto á mí!

Marquesa. — En cuanto á vos, sois un santo; eso por supuesto. Luego los hombres cuando os casais, lo haceis con la mayor sangre fria; las seducciones de los sentidos y los arrebatos del corazon os encuentran ya muy instruidos, por no decir gastados, y muy insensibles, por no decir hastiados.

Marqués. — En verdad, señora...

Marquesa. — Hacedme el favor de no interrumpirme... Tenemos, pues, que solo por pura corrupcion y por calculada desvergüenza faltais á vuestros deberes. Con nosotras, marqués, es muy diferente: nosotras principiamos la vida, y vosotros la concluís; nosotras contra todos los peligros, todas las tentaciones, todas las sorpresas, no tenemos otro escudo que nuestro propio instinto, al paso que vosotros estais armados de piés á cabeza con una beneficiosa experiencia. Y no es eso todo: vuestras traiciones tienen un carácter de iniciativa y de espontaneidad de que carecen las nuestras: vosotros atacais, y nosotras no hacemos mas que defendernos: convengo en que cuando nos dejamos vencer incurrimos en falta; pero ¿qué debe decirse de vosotros, que necesariamente premeditais vuestras malas acciones y os poneis en campaña con intencion deliberada? Así es que sois culpables, aun en el caso de que deis el golpe en vago... ¿ois? aun en el caso de dar el golpe en vago... La intencion que os hizo obrar constituye el crimen. En una palabra, nosotras tenemos sobre vosotros la superioridad moral de la presa sobre el cazador. No añadiré mas que una palabra, y es que las mas de las veces entre la infidelidad

en vuestra casa por la puerta que dejais abierta al correr á la casa de vuestras queridas.

Marqués. — Muy sutil puede ser todo eso; pero la opinion de todos los tiempos, escrita en todas las leyes del mundo...

Marquesa. — ¡Dejadme en paz con vuestras leyes! ¡Ignoramos acaso que sois vosotros quienes las haceis? Si la infidelidad de una mujer introduce la perturbacion en su familia, ¿acaso las infidelidades vuestras no introducen el desorden en las familias de los demás? Me parece que la sociedad nada gana en eso.

Marqués. — Lo que me parece mas evidente es que estais muy bella cuando os acalorais un poquito en hablar.

Marquesa. — ¡Pues he adelantado bastante, si es eso todo cuanto he logrado demostraros!

Marqués. — Pero, decidme: ¿de dónde habeis sacado todos esos lindos argumentos que acabais de presentarme?

Marquesa. — Galante estais, por vida mia. Veo que me teneis por una necia.

Marqués. — No por cierto; pero...

Marquesa. — Pero por una cosa parecida. He notado que en general teneis los hombres una opinion tan mezquina de las mujeres, que os quedais con la boca abierta cuando las ois decir alguna expresion que tenga sentido comun. (Recogiendo su labor.) En fin, marqués; habeis querido hacer un momento embocarme no sé que moneda falsa, y os la he devuelto. (Levantándose.) Buenas noches.

Marqués. — ¡Cómo! ¿Tan pronto os recogeis?

Marquesa. — Por lo regular todas las noches á las once. Cebro haber tenido esta ocasion de hacéroslo saber.

Marqués. — Nada nuevo me decís; pero no creia que fuese tan tarde.

Marquesa. — Vamos, me alegro de que no se os haya hecho pesado el tiempo. Dadme las buenas noches, y retiraos.

Marqués. — ¿Os incomoda acaso mi presencia?

Marquesa. — No por cierto... Y para daros una prueba de ello... (Se quita algunos alfileres, que coloca sobre la chimenea, y en seguida se desata los cabellos, que caen en desorden por sus espaldas.)

Marqués. — ¿No necesitais de Luisa para todo eso?

Marquesa (delante del espejo y volviendo la espalda al marqués). No, solo me sirvo de mis criados cuando no puedo pasar por otro punto. Todas las noches me compongo yo sola, como veis, en mi gabinete, y en seguida paso al dormitorio.

Marqués. — ¡Ah! ¿Con qué os desnudais por vos misma?

Marquesa. — ¿Cómo?

Marqués. — Digo que si os desnudais por vos misma.

Marquesa. — Por mí misma... sí...

Marqués. — Teneis un pelo hermosísimo.

Marquesa. — Muy bondadoso estais.

Marqués. — ¿Sabeis que sois demasiado bella para ser mi esposa?

Marquesa. — Es muy posible. Supongamos que no lo sea.

Marqués. — Quiero decir que no puede uno amar como á su mujer á cualquiera que se le asemeje; la ama uno mucho mas, Marquesa. — Dificil parece, no obstante, resolverse á ello.

Marqués. — Si hay amor que tenga algun valor, ¿no creeis que sea el que nace con conocimiento de causa?

Marquesa. — ¿Quereis volver otra vez á vuestra metafísica? Vamos, buenas noches, buenas noches.

Marqués. — Sois sobremanera hermosa... y yo, á fé mia, soy indigno de mi felicidad. (Se levanta y coge una bugía.) ¿Permitis á vuestro marido que os alumbre hasta vuestro dormitorio, señora?

Marquesa. — ¡Vaya! ¿Pero es cosa de que esteis en estado de gracia?

Marqués. — ¿Qué quereis decir?

Marquesa. — ¿Está suficientemente tranquila vuestra conciencia? ¿No teneis que echaros en cara alguna cosa?

Marqués. — A la verdad, querida, ignoro...

Marquesa. — ¿No veis que lo sé todo?

Marqués. — Si todo lo sabeis, no me queda mas que pedir os humildemente la absolucion.

Marquesa. — ¡Tan tenaz es que no confesará con la esperanza de ver si puede salvar algo! Confesad... vamos... confesad.

Marqués. — ¿Qué, mi torpeza y necedad han pasado de raya?

Marquesa. — Que han rayado hasta en crimen, caballero, hasta en crimen.

Marqués. — Pues hasta en crimen.

Marquesa. — No basta eso, y que Mad... ¿eh?

Marqués (con calor). — ¡Y que madama de Rioja es una coqueta desvergüenzada!

Marquesa. — No tanto enojo, no tanto enojo... ó me haréis creer que todavía la amais.

Marqués. — ¡Por piedad, no me rechaceis!

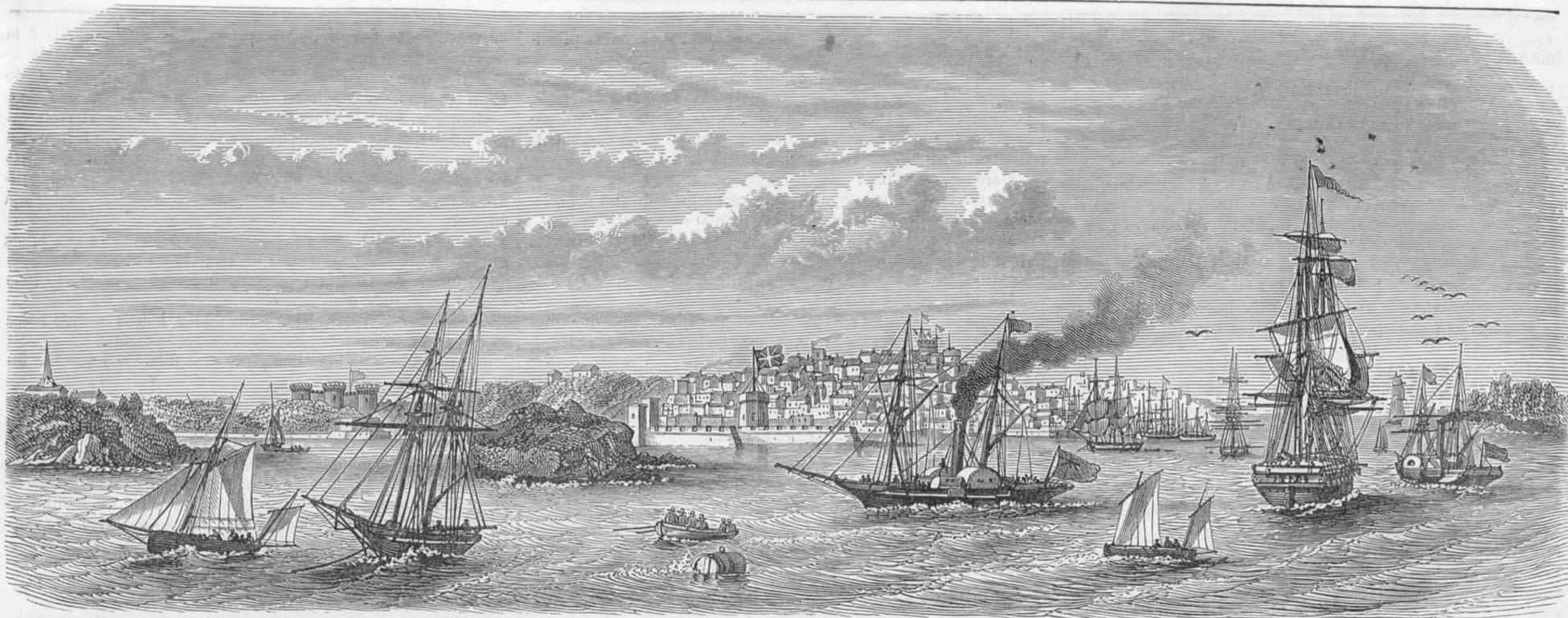
Marquesa (le mira un momento sin hablar: luego se encoge levemente de hombros, lanza un profundo suspiro, y coge el brazo de su marido). — ¡Vamos!... Venid en buen hora, y no volvais á serme infiel.

FIN.

## Minas de oro de la Australia.

NUEVA-GALLES DEL SUD. — SYDNEY. — LAS MONTAÑAS AZULES. — BATHURST — DISTRITO DE WELLINGTON.

La Nueva-Galles del Sud forma la parte oriental de la Nueva-Holanda. Imposible es el señalar su época fija á que se remonta el primer descubrimiento del vasto continente, mucho tiempo conocido bajo este último nombre, y al cual han llamado recientemente los ingleses Australia. Solo se sabe que á principios del si-



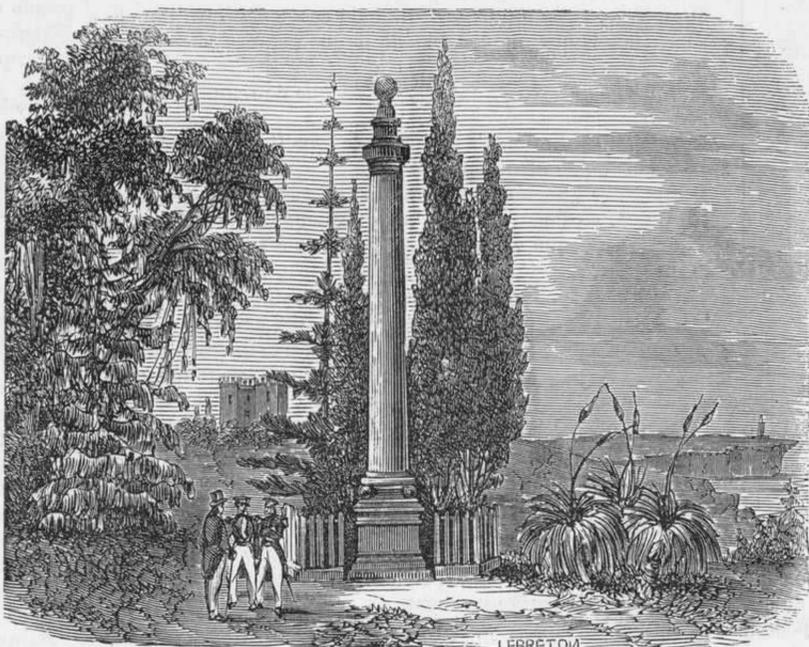
La ciudad de Sydney, y embocadura del rio de Paramatta.

glo XVII, Dutch hizo un reconocimiento de las costas meridionales y septentrionales; que en 1642, Tasman exploró todo el litoral al Sud, y que el capitán Cook en 1770, visitó todo el Nordeste, y se aseguró de que la Nueva-Holanda no era, como se suponía, el prolongamiento de la Nueva-Guinea. En fin, en 1773, el capitán Fournaux completó con sus investigaciones el perímetro de la isla.

Desde la expedición de Cook, la Inglaterra, advertida por las quejas de sus colonias Norte-americanas del peligro que corría vaciando sus cárceles en las posesiones trasatlánticas, se ocupaba del proyecto de crear en el Pacífico un lugar de deportación para sus delinquentes. Con este fin recibió Cook la orden de tomar posesión, en nombre del gobierno británico, de la costa oriental de la Nueva-Holanda. Diez y ocho años después, el capitán Philips fundó la colonia de Botany-Bay, cuyo nombre evocó por sí solo las pinturas menos seductoras, y fué objeto de horror por espacio de mucho tiempo. Escaso medio siglo ha bastado para transformar este país, conquistado á palmas de la naturaleza salvaje. Nada prueba mejor la superioridad del sistema de colonización inglesa, la actividad y los prodigiosos recursos de este pueblo, que el estado de grandeza y prosperidad á que ha elevado en poco tiempo la lejana colonia de la Australia.

Ciudades populosas se han levantado en bahías principales; el suelo se ha fertilizado; la industria y el comercio se han apoderado de sus productos naturales, y bajo el influjo de estos elementos combinados, la fortuna de la nueva colonia ha tomado un vuelo rápido y maravilloso. Las preciosas ventajas que la Nueva-Galles del Sud, en particular, la región más favorecida de la Australia, saca de su fertilidad y del espíritu emprendedor de sus habitantes, la han convertido en depósito de los diversos archipiélagos vecinos, ofreciéndole para el porvenir una preponderancia indisputable en el hemisferio austral.

Pero sería un error al atribuir solo á las causas enumeradas el secreto del progreso de las colonias australes. Su mayor parte es debida á los esfuerzos del gobierno británico, que emplea los medios más enérgicos y expeditos, á fin de dirigir á aquellas posesiones la emigración inglesa que tiene su curso natural hacia la América del Norte. Este resultado, que interesa á la Inglaterra bajo dos aspectos diferentes, su supremacía en el

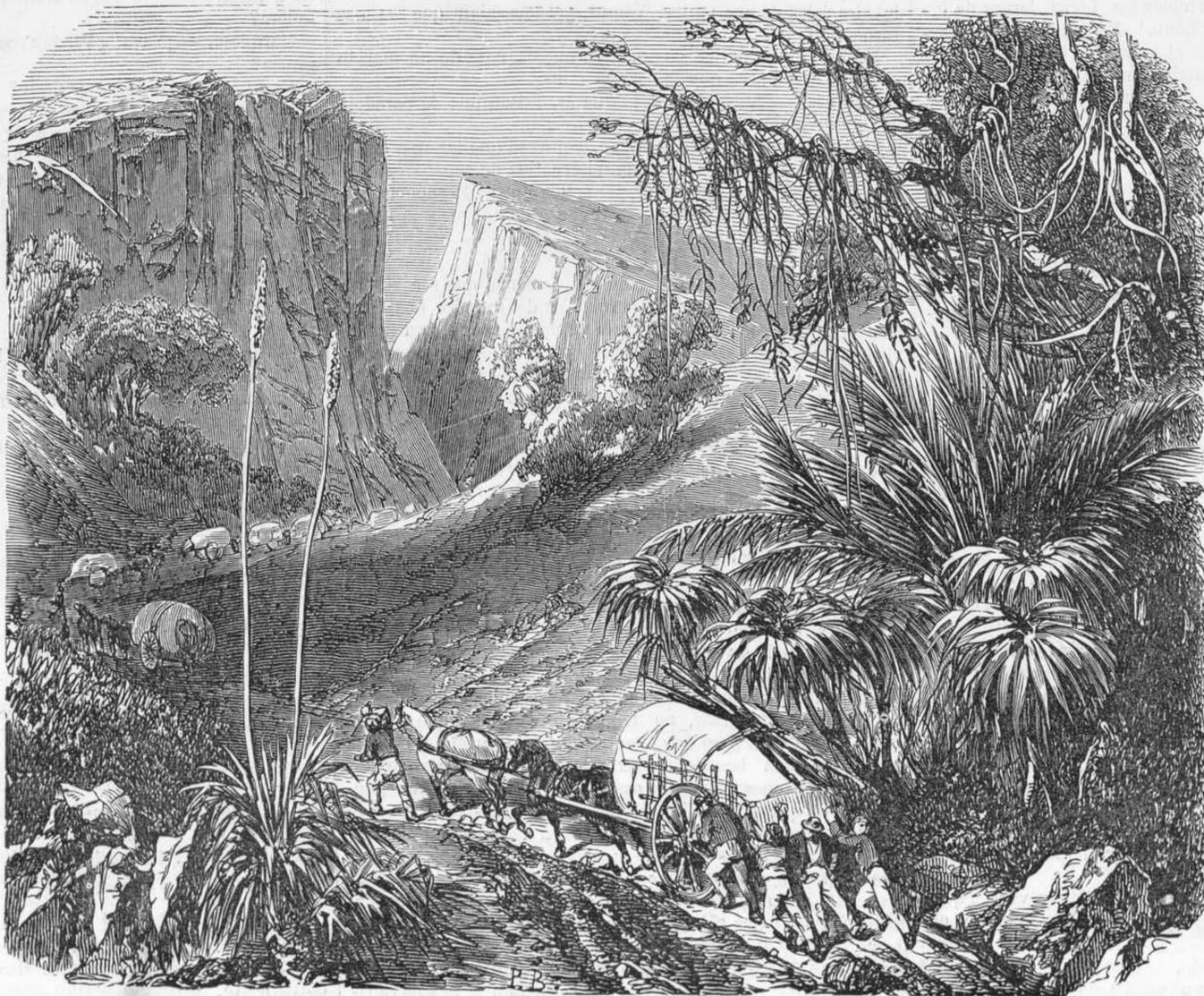


Monumento de Lapeyrouse á Sydney.

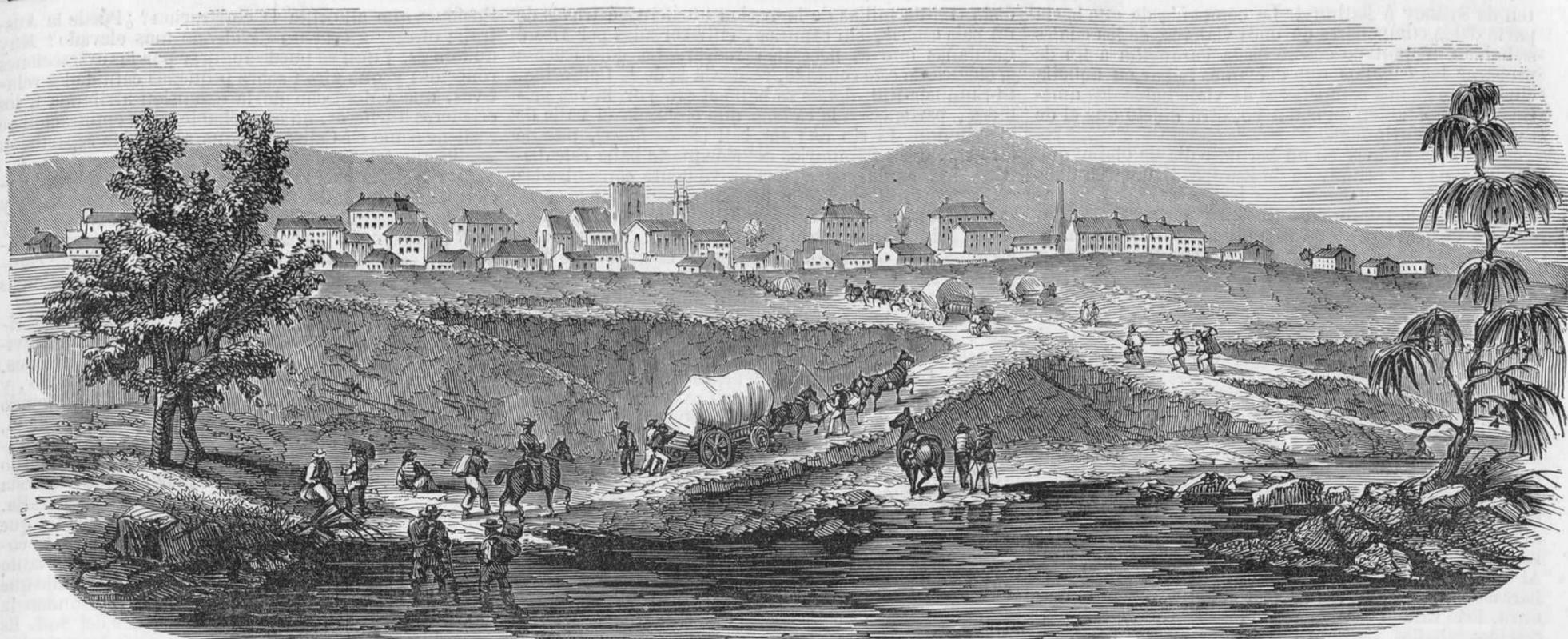
Océano Pacífico, y el retraso del desarrollo completo de la potencia americana, lo ha fomentado con el bajo precio de las tierras, los trasportes gratuitos, las instituciones liberales, y en este momento lo fomenta poderosamente por el atractivo natural que le ofrece el descubrimiento reciente de las minas de oro. Todos pueden recordar con que prevención se recibió, aun por la prensa inglesa, la noticia de un descubrimiento que favorecía tan oportunamente los proyectos é intereses de la Gran-Bretaña. Sin embargo, testimonios irrecusables han puesto fuera de duda la existencia de numerosos criaderos de oro en la Nueva-Galles del Sud, sin que haya mucho que rebajar de las ponderaciones hechas. Pero aun suponiendo que el producto iguale al deseo que puede tener el gobierno inglés con el objeto de seducir á los emigrados, creemos que este descubrimiento, contra la opinión de muchos que se felicitan por él, ha de acarrear malas consecuencias á la colonia. Dirémos en que síntomas puede reconocerse la perturbación que se prepara á los intereses verdaderos y bien entendidos de la Australia.

Quando llegamos á Sidney últimamente, las especulaciones comerciales comenzaban á paralizarse. El movimiento había aflojado en esta villa industriosa.

Los muelles estaban obstruidos con mercancías; los almacenes casi desiertos. Todas las imaginaciones estaban encendidas con las narraciones de fortunas improvisadas. Los más graves participaban de esta excitación, y se llegaba á temer que los funcionarios públicos, sobre quienes descansaba la seguridad general, abandonarían sus puestos. Se pensó entonces en evitar los deplorables efectos de tal deserción, prometiendo á los diferentes ramos de la administración colonial un aumento de un cincuenta por ciento de su sueldo. Por otra parte, las industrias carecían de brazos, y los pocos que quedaban, exigían salarios excesivamente elevados. En los distritos rurales, la agricultura, fuente principal de la riqueza colonial, estaba todavía peor tratada. Los caminos que conducían á las minas, se cubrían materialmente le caravanas, que abandonaban sus rebaños y los trabajos de la granjería para tentar fortuna. Esta situación se hizo sentir en los precios de los géneros, y produjo subida en todos los objetos de utilidad y de consumo. Todas las mi-



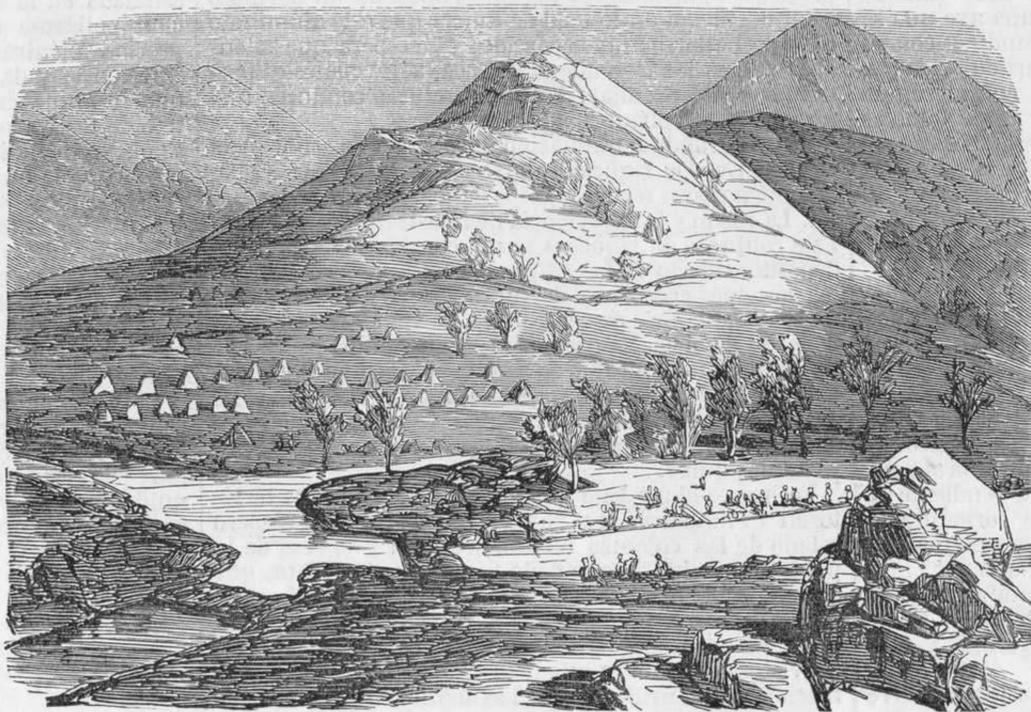
Las montañas Azules.



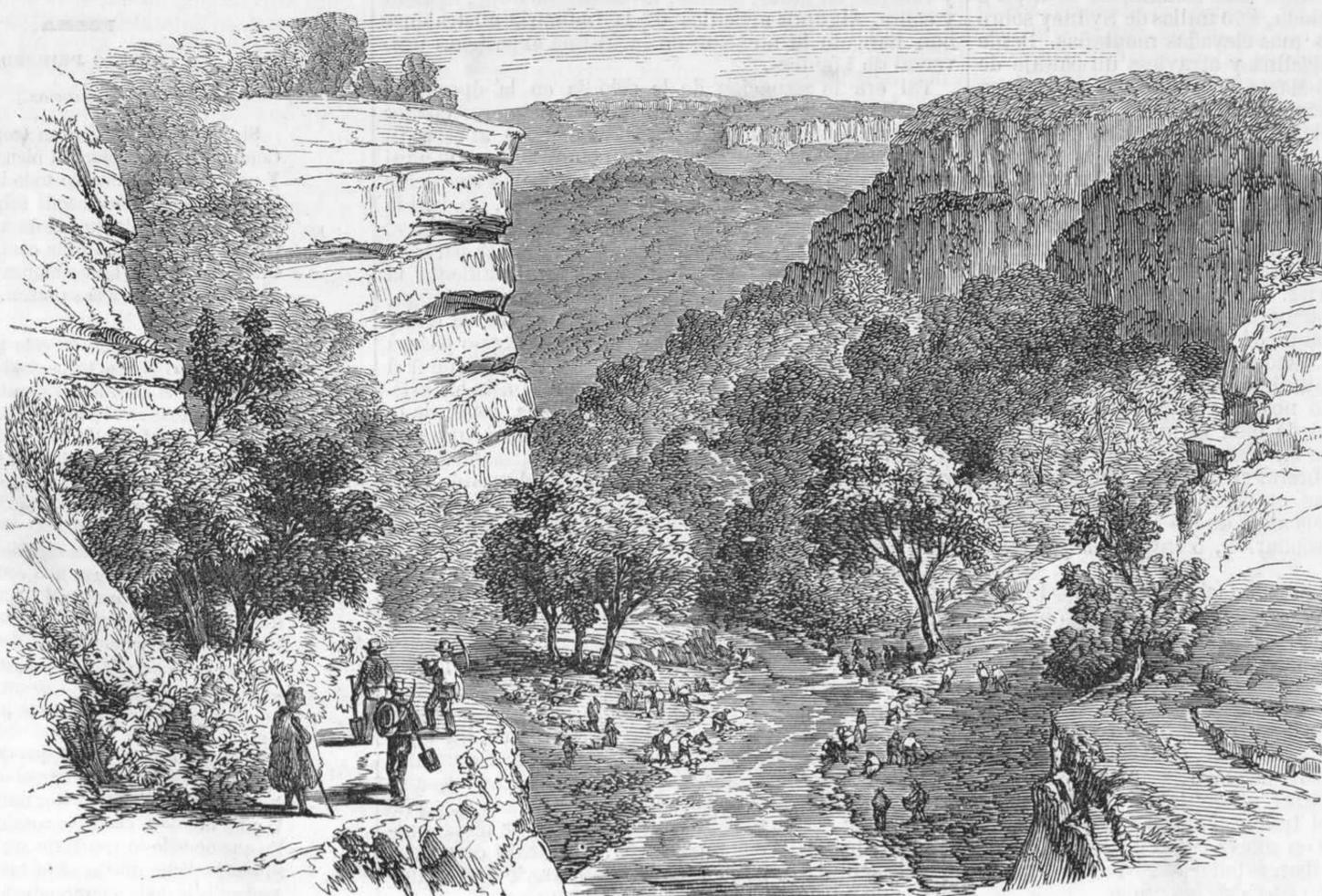
Balhurst.

serias de la California se desplomaban de improviso sobre esta tierra, ayer tan floreciente. Aligia el estado de aquella poblacion laboriosa, reducida de repente á la condicion de aventureros en busca de fortuna.

Cuanto ví los primeros dias en esta ciudad que tiene todo el aparato de una gran ciudad europea, me mostró numerosos elementos de prosperidad real. Edificada sobre el brazo de mar á que se ha dado el nombre de Port-Jackson, y que forma una magnífica rada, Sidney se levanta en escalinatas sobre el ámbito de una de las muchas enseñas que guarnecen el lado meridional de su pequeño golfo. Este sitio es extremadamente pintoresco. Desde las alturas de Woolloovooloo, que forman el cuartel aristocrático de la ciudad, se ve en la direccion de Port-Jackson, á la izquierda, una larga lengua de tierra, cubierta de cabañas, parques y jardines; á la derecha la costa se levanta á pico, y presenta en toda su longitud una montaña elevada. Del Nordeste al Sudoeste corre una cadena de montañas cuyos picos se levantan unos sobre otros, y en su extraña confusion, se ofrecen á la imaginacion, excitada por estas bellezas naturales, como un inmenso tropel de quiméricos mastodontes en viaje hácia la llanura. Al otro lado de la ciudad, el brazo de mar sale al encuentro de las aguas del Paramatta, que está encargado de llevar á Sidney los variados productos de los distritos agrícolas, comprendidos entre su curso y las montañas Azules. La rada y el puerto de Sidney estaban cubiertos de buques que revelaban la actividad de su comercio. En los alrededores se observa el bienestar y la limpieza que parecen derivar directamente de la decencia de las costumbres inglesas. Excepto el Sud de Sidney, el paisaje ofrece perspectivas risueñas, y el progreso de la horticultura en el país. La parte del Sud por el contrario ha conservado un carácter áspero y salvaje que contrasta



Ofir.



Valle de Ofir.

con los frescos aspectos de los valles adyacentes; allí está el camino que conduce al Campo de los Franceses.

Bajo este nombre se designa la meseta situada en la punta del Norte de Rotany-Bay, á algunas millas de Sidney. La expedicion del malogrado Laperouse descansó allí en 1778, siendo aquellos los últimos vestigios conocidos del célebre navegante. Aun se ve á flor de tierra una piedra cuadrada, bajo la cual fué inhumado el Padre Receveur, segun consta de su epitafio, que traducimos del latin:

» Aquí yace Receveur, sacerdote de la órden de mínimos de Francia, medico de la expedicion de circunnavegacion, mandada por Laperouse. Murió el 17 de febrero de 1788. »

En 1825, Bougainville, de arribada en Port-Jackson, visitó el Campo de los Franceses, y consiguió que el gobierno colonial le permitiera levantar en él un monumento á la memoria del ilustre marino. Una sencilla columna, coronada por una esfera, y descansando en una plataforma cercada por una berja, contiene la inscripcion siguiente en inglés y francés: « A LA » MEMORIA DE LAPEROUSE. — Esta

» tierra, que visitó  
» en 1788 es la última de donde  
» envió noticias  
» suyas. Erigido  
» en nombre de la  
» Francia por MM.  
» Bougainville y  
» Ducamper, comandantes de la  
» fragata *Tétis* y la  
» corbeta *Esperanza* de arribada en  
» Port-Jackson en  
» 1825. NOTA. Los  
» cimientos se pusieron en 1825, y  
» la columna se erigió en 1828. »

La situacion en que se hallaba Sidney no era muy propia para inspirarme el deseo de permanecer mas tiempo que el preciso para una exploracion de la ciudad y sus contornos. Era además muy natural que deseara llegar hasta la region aurífera; pero era expuesto para un extranjero sin conocimientos del país el aventurarse solo á un viaje de ciento veinte millas. Me fué fácil el incorporarme en una caravana de las muchas que par-

ten de Sydney á Bathurst. La compañía de que hacia parte debía componerse de once viajeros, de los cuales se habian adelantado cuatro hasta Paramatta á fin de preparar los caballos que debiamos tomar en aquella ciudad. Entre mis compañeros de viaje habia dos americanos, que no tenian como yo, otro objeto que el de satisfacer su curiosidad.

Salimos de Sydney en un hermoso dia de otoño, que corresponde á la primavera de Europa. Ibamos vestidos de cazadores, y llevabamos tres perros de la especie designada bajo el nombre de *fox-hound* en inglés, y otro de raza australense, que es una casta muy singular. Pasamos sin novedad las quince millas que separan á Sydney de Paramatta, notables por los hermosos sitios que ofrece el valle, bañado por el Nepean, y que podria llamarse con justicia el verjel de Sydney. Allí se cultivan, en efecto, todos los árboles frutales de Europa; el moral, el naranjo y el limon prosperan admirablemente.

Paramatta es por su importancia la segunda ciudad del condado de Cumberland. Es el centro de un distrito agrícola, y posee industrias muy florecientes. Sus calles son anchas y bien alineadas. El rio que la baña es uno de los mas bellos de este país, que cuenta tantos navegables. En Paramatta hallamos el resto de nuestra escolta, y caballos muy caros de alquiler. Pusimos en marcha, y á las siete millas llegamos al caer la tarde á Peurith, pueblo crecido, que se levanta sobre el Nepean. Al dia siguiente atravesamos el rio por un puente de barcas, y nos vimos á la entrada de una hermosa llanura. Este valle, cubierto de abundante pasto, alimenta crecidos rebaños. La industria pecuaria es la principal riqueza de sus habitantes. El camino atraviesa esta llanura, de una milla lo ménos de extension, entre el Nepean y la base de las montañas Azules. Este valle se llama la llanura del Emu, nombre de una ave que se asemeja al avestruz, y que puede confundirse con el casobar, del que difiere por algunas particularidades. Parece que este animal ha sido muy comun en la Nueva-Galles del Sud; ahora es ya muy raro. Nosotros vimos uno sobre las rocas que encierran el Nepean, y le disparamos algunos tiros que no lo alcanzaron. Los paisanos nos dijeron que se cazaban con perros, y que este ejercicio es uno de los mas divertidos entre los australenses. El perro agarra por el cuello al animal, y lo despacha al punto.

Desde Peurith el camino se dirige diagonalmente hasta las montañas. Los conos que guarnecen la llanura se levantan de una manera abrupta sobre el Emu, separados entre sí por gargantas profundas, torrentes impetuosos ó abismos inaccesibles.

Los peatones y los carruajes ligeros se meten ordinariamente por la de Lapstone; pero los pesados y grandes prefieren el nuevo camino que continua al Sud, aunque mas largo, porque termina en una pendiente de fácil subida. La via que penetra en una cortadura al pié del Lapstone, sube serpenteando hasta una meseta, que tiene mil piés de elevacion sobre el llano del Emu. Enormes rocas cortadas para abrirse camino, parece que amenazan con desplomarse á cada paso. Entre sus quiebras florece una vegetacion vigorosa y variada.

Apénas ha encontrado el camino su asiento, corre por una serie de valles y colinas ligeramente ondulantes. A veces se presentan al viajero en su progreso escenas de un carácter grandioso. Cerca de Weather-Board, el país ostenta todo el lujo de la naturaleza salvaje. A través de los sitios mas románticos se llega á Black-Head, posada aislada, á 70 millas de Sydney sobre la cresta de una de las mas elevadas montañas. Desde este punto, el camino declina y atraviesa un paisaje de una grandeza infinita. Masas de granito rojo, de bizarra estructura, florestas sombrías, cascadas, amenizan el cuadro, con una novedad frecuente y variada.

Desde Stony-Range, á donde se llega á la mañana siguiente, se comienza á ver la llanura de Bathurst. El distrito de Bathurst es extremadamente rico. La cria de los rebaños, favorecida por los buenos pastos del valle, constituye una industria muy productiva en este lado de las montañas Azules. La llanura tiene doce millas de larga y ocho de ancha. El suelo lo componen mogotes sinuosos: su nivel general es de dos mil piés sobre el del mar. En el fondo de este valle está situado Bathurst, sobre el rio Macquarie. La poblacion de este distrito es de nueve mil almas, de las cuales Bathurst tiene seis mil. Cuando nosotros llegamos estaba llena de viajeros procedentes de toda la Australia. Una agitacion extrema reinaba en ella, el comercio estaba paralizado. Numerosos obreros circulaban ofreciendo sus servicios para las minas, en clase de auxiliares, porque un reglamento de policia aleja de los terrenos auríferos á los que no son concesionarios, ó empleados por estos para la extraccion.

Bathurst es por su posicion el centro de los brazos desocupados. La desnudez de esta muchedumbre de proletarios era completa. El exceso de poblacion habia encarecido los alimentos de tal modo, que les era imposible á aquellos desgraciados el ocurrir á su subsistencia, y muchos de ellos se contemplaban felices trabajando por la manutencion únicamente. Todos los dias venian forasteros que anunciaban nuevos criaderos de oro, descubiertos en aquel condado, y aun en otros circunvecinos. Estas noticias aumentaban la fermentacion, y embarazaban el tráfico. Parecia que la Australia se habia convertido en nueva tierra de promision, y que sus habitantes no iban á tener mas trabajo que el de recoger una fortuna entera en las minas.

Nuestra compañía se deshizo en Bathurst. Esta ciudad

diste treinta millas de la region aurifera, á través de un país estéril, sin caminos, entrecortadas por rios ó montañas que es necesario rodear. La constitucion geológica de este condado, recuerda la de la California. El Summer-Hill, donde se halló el oro por la vez primera, pertenece á la cadena que circunda el valle de Wellington. El rio de Campbell (*Bellis River*), uno de los principales tributarios del Macquarie baña este distrito. Las excavaciones, primitivamente concentradas en Summer-Hill, se han extendido despues por las cercanías. Numerosos grupos se han formado al rededor de los principales centros de explotacion. Tal es el que ha tomado el nombre de Ofir, que se componia de doscientas tiendas próximamente. El oro se encuentra en diferentes estados, pero por lo comun en granos y pepitas, en los terrenos de aluvion, en la madre de los rios y las barrancas. A veces tambien en hojas en la superficie del cuarzo, raras en filamentos que penetran el soroque. Una persona competente me ha asegurado que este oro era bastante puro. Dificil es conocer con exactitud la cantidad que se extrae, porque los mineros tienen interés en ocultarlo. Pocos son los casos que se citan de haberse hallado en masas bastante considerables. Los reconocimientos hechos en un radio extenso hacen suponer que el mineral se desarrolla en una superficie de trescientas millas. No es esto todo; si los descubrimientos que se anuncian simultáneamente en puntos lejanos se confirman, la Nueva-Galles del Sud formaria en su conjunto una region aurifera. La isla de Van Diemen, separada por el estrecho de Bass de la Nueva-Holanda, participaria con todos los caracteres físicos de esta riqueza mineralógica, á ser ciertas las noticias que de ella se reciben. En fin, se asegura que se ha hallado en los terrenos de cristalización, á las primeras excavaciones, algunos rubíes de un hermoso color de fuego, de lo cual se infiere que este aluminato debe de hallarse muy esparcido, y se espera que se encontrará en los terrenos graníticos, á los cuales es particularmente peculiar. Tales conjeturas conducen á lo maravilloso; volvamos á la realidad.

Si una grande acumulacion de mineral de oro y plata constituyera la riqueza fundamental de un país, su descubrimiento seria un golpe de fortuna en la Australia. La razon y la experiencia demuestran que no es así. Este conjunto de riquezas puede considerarse como un depósito abierto á la codicia europea. Recordando las extracciones crecidas del Nuevo Mundo, no se puede dejar de descubrir que la Europa es quien se ha aprovechado de ellas. Es probable que suceda lo mismo á la California el dia en que se agoten sus fecundos criaderos, y que la emigracion, que ha llenado aquel país, no deje nada útil tras de sí. Las mismas consecuencias deben alcanzar á la Australia con resultados mas deplorables quizá.

Ya hemos dicho bajo que elementos de riqueza territorial é industrial se habia constituido el próspero estado de las colonias australenses. El progreso de la poblacion se ha desarrollado paralelamente. Esta, que era en 1828 de 55,000 almas, cuya mitad se componia de convictos, llegaba á 300,000 habitantes en 1848, no contando entre ellos mas que unos seis mil convictos. Una nueva estadística eleva á 400,000 la poblacion permanente actual. Las manufacturas inglesas que se consumen en la colonia anualmente importan setenta y cinco millones de francos. Este consumo es superior al de las colonias inglesas reunidas del Norte de América. La exportacion guarda la misma proporcion, y consiste en lanas, grasas, salazones de huey, madera y cobre. Algunos artículos de la industria australense han llamado la atencion en la última exposicion universal de Londres.

Tal era la situacion de la colonia en la época del descubrimiento del oro. Uno de sus primeros efectos será indudablemente el dar nueva energía al espíritu de regreso, tan contrario á la colonizacion. De aquí debe resultar la depreciacion de la propiedad inmueble apesar de la carestia anormal de los objetos, producida por el envilecimiento del signo representativo, y por el aumento pasajero de la emigracion. Por otra parte se ha visto como se han paralizado repentinamente la agricultura y la industria. Si la situacion se prolonga, como es de temer, la Australia se ve amenazada en su influencia futura sobre el Pacífico. Su comercio pasará dentro de poco á la Nueva Zelandia, y tendrá que ir á buscar á las colonias, que surte ella hoy, hasta los artículos de primera necesidad. La decadencia, pues, de la Australia se prepara; la inmensa emigracion que sale de Inglaterra para la Nueva-Galles, no puede ménos de aumentar el embarazo de la colonia. Se pregunta cual será el resultado de estos descubrimientos respecto de la metrópoli. Lo que ménos le importa á la Inglaterra es el aumento de numerario; lo que la interesa mas es la prosperidad particular de las colonias que dan salida á la exuberancia de su poblacion. La Australia, en razon á la dulzura del clima y á su admirable fertilidad, absorbía en estos últimos tiempos una emigracion considerable. Es de suponer que esta tome un nuevo vuelo á favor de la seduccion que debe ejercer en imaginaciones ávidas el descubrimiento del oro. En cuanto á los mismos emigrados, si la California no les ofreciera una leccion provechosa, hé aquí un documento elocuente que ha publicado la prensa inglesa: resulta de un cálculo hecho escrupulosamente, que la masa de las extracciones generales comparada con la de la emigracion, ha dado por reparticion, un medio de siete á ocho schellings por dia para cada emigrado (próximamente de 8 francos 75 céntimos á 10 francos).

¿Este resultado está lejos de responder á las brillantes

ilusiones que alimenta la emigracion? ¿Puede la Australia ofrecer á esta un dividendo mas elevado? Muy dudoso es. Y aun se puede augurar por las extracciones conocidas y que giran sobre pequeñas cantidades relativas, que á despecho de la extension atribuida á los criaderos auríferos, no es probable, si la emigracion se sostiene como en California, que alcance la reparticion media que esta ha dado.

Aun con las mas ventajosas condiciones de explotacion, la Nueva-Galles del Sud no dejará de resentirse y aun de ver paralizado su movimiento de expansion, y bajo este punto de vista creemos poder decir que la Inglaterra está amenazada de perder, sin suficiente compensacion, la mas hermosa é importante de las colonias australes.

Pero considerado mas generalmente, el descubrimiento de oro en Australia subleva una cuestion gravísima. Es cierto que la abundancia de las extracciones, que han venido á aumentar los sortidos ordinarios, y que pueden durar mucho tiempo todavía, han alterado la relacion numérica que existia entre el oro y la plata, relacion que una ley del año XI de la República estableció en Francia sobre el pié de 15 1/2 á 1. Ahora no se puede calcular la novedad que pueden causar en esta proporcion los productos de California y Australia. Propiamente hablando, este es un hecho particular que interesa á los poseedores de estos dos metales. El comercio general no tiene que preocuparse de esto tanto como se ha creído, y ya se ha visto como ha tenido que arreglar sus cambios en consideracion á la abundancia del oro en la California y la Nueva-Galles del Sud. Es evidente que este metal ha sufrido una depreciacion positiva; intentar levantarle de su rebaja de estimacion, conservando, por una ficcion legal, la relacion señalada en la ley del año XI, seria crear una situacion peligrosa que acarrearía una revolucion en los precios. Mientras no se puedan evaluar las nuevas extracciones, y darse cuenta del descrédito del oro, será una imprudencia conservarlo como hasta hoy, como uno de los signos representativos de los valores. El sentido comun indica la desmonetizacion provisional del oro, como la única medida capaz de evitar una pérdida considerable del numerario, en un porvenir poco lejano. No se puede prescindir de ver con cierta inquietud, que en lugar de disminuirla, la fabricacion de las monedas de oro se ha aumentado considerablemente de dos años á esta parte. Se debe temer que este aumento se haya producido con detrimento del numerario en plata, que conserva un valor fijo hasta la fecha.

El medio de hacer frente á este desastre, volvemos á repetirlo, es la desmonetizacion del oro. Indudablemente el comercio perdería un medio precioso de cambio; pero este inconveniente se halla hoy muy disminuido por la perfeccion que han recibido los efectos de comercio, que son una verdadera moneda, y de un uso muy fácil.

A. D.

## LA NADA.

### POEMA.

#### CANTO PRIMERO.

##### (CONCLUSION.)

Si opiniones distintas en tropel  
Confunden, ¡oh dolor! el bien y el mal;  
Y unos hallan el mundo todo miel  
Y otros hallan la vida toda sal,  
La gloria y el talento son de aquel  
Que le dé la razon á cada cual,  
Que halla, si diez las opiniones son,  
Por diez multiplicada su razon.

Ya colocados, pues, en este punto  
Desde el cual el mas torpe y el mas lego  
Penetra en el abismo del asunto;  
Y ya que todos veis, salvo algun ciego,  
La nada en sus detalles y en conjunto,  
En claras formas á explicaros llevo,  
Siguiendo siempre la suprema ciencia,  
El cómo y el por qué de su existencia.

Todo ser, toda cosa es *ab initio*  
Opuesta á otra en cuyo mal conspira;  
Por eso la locura rompe el juicio,  
Porque hay oscuridad la luz se admira:  
No existieran virtudes sin el vicio  
Que fuera la verdad sin la mentira;  
Luego deduzco y que lo coja un galgo,  
La nada existe porque existe algo.

Es algo lo que nace, lo que crea,  
Cuanto al concierto universal asiste,  
Ya en materia, en espíritu, en idea;  
Y pues la nada, claro es, consiste  
En que de todo lo contrario sea,  
Si queda dicho que la nada existe,  
Acabaréis la duda comprendiendo  
Que existe solamente, no existiendo.

No es aire ni agua es, ni luz ni barro,  
La nada en conclusion es nada en suma;  
Es el placer supremo de un cigarro  
Que experimenta el hombre que no fuma;  
Es un incomprensible despilfarro  
Que sin cesar al universo abrumba;  
Es revuelto, amasado, confundido,  
Todo lo que no es, será ni ha sido.

Ya veis cómo el humano pensamiento  
Saberlo todo y dominarlo pudo;  
Ya veis lo que es el hombre y el talento,  
Que en la vida mortal forman un nudo.  
Rey de los animales, ¡oh portento,  
Señor de la creacion! yo te saludo,  
Aunque seas, salvando pareceres,  
El mas desventurado de los seres,

Perdonad si á tal fecha me remonto:  
Pierden Eva y Adan el Paraiso,  
Ella por ser mujer de genio pronto,  
Y Adan ingenuamente porque quiso;  
Luego el hombre es un sabio ó es un tonto..  
Confesarlo una vez será preciso;  
Tanto mas que se dice y se refiere,  
El hombre no es feliz porque no quiere.

¡Mas quién lleno de audacia y de locura  
Negará una verdad de ese calibre!  
¡Qué importa que tenaz la desventura  
Su duro arpon sobre nosotros vibre!  
¡Qué importa que haya penas y amargura!  
¡El hombre es infeliz! — ¡el hombre es libre!  
Pero mañana seguiré en mi empeño;  
Tambien soy libre y me encadena el sueño.

J. S.

### La cria artificial de los peces.

Muchos de nuestros lectores no creerán en la posibilidad de poder sembrar peces así como se siembra el trigo, y de poder esperar con seguridad una cosecha de peces, así como se hace cuenta con una cosecha de granos, y sin embargo es así. Pero no debe figurarse que el procedimiento correspondiente para lograr aquel objeto consista en echar la nueva cria de peces en un estanque ó en agua, pues ya desde las huevas y lechecillas de los peces principia la cria artificial de estos. Las observaciones que en las ciencias naturales hizo Golstein de Ginebra á mediados del siglo pasado, condujeron ya á la persuasion de que la freza y las lechecillas se unen en el agua sin su propia cooperacion, en cuya consecuencia se desarrollan los pequeños peces en las huevas. Este hombre inteligente indicó entonces la posibilidad de poderse aprovechar de esta observacion en provecho del aumento de los peces en el agua. En el año de 1763, poco mas ó ménos, publicó Jacobi en Hamburgo datos sobre el modo de aumentar las truchas y los salmones; Spalanzani en Módena desarrolló en los primeros veinte años de este siglo científicamente esta observacion. Mas tarde llamó Quatrefage la atencion de los agricultores sobre la posibilidad de poder regular la produccion de los peces, como la de los granos y de los animales de matanza. Todas estas averiguaciones confirmaron el hecho de que en una gran cantidad de clases subordinadas de animales, y por consecuencia tambien en los peces, la actividad de los sexos solo consiste en la produccion de los elementos de procreacion, y que sus efectos combinados son en su mayor parte hijos de la casualidad correspondiente á aquellos elementos. Pero como las casualidades de diversas especies es una escala mayor, motivan una destruccion de aquellos elementos, la naturaleza lo ha dispuesto de tal modo, que las clases de animales de que hemos hablado produzcan una cantidad sumamente grande de huevos.

En el interior de los países de Europa no podemos lisonjearnos con una gran abundancia de peces; al contrario, el abasto de estos en nuestros mercados mengua mas bien que crece. Una consecuencia natural de ello es el subido precio de los pescados, de suerte, que ciertas clases de la sociedad están imposibilitadas de gozar de ellos. Exceptuamos únicamente á los que habitan en las costas ó desembocaduras de los grandes rios. La disminucion de los peces debe atribuirse de todos modos á la utilidad industrial y progresiva de los pequeños rios por medio de molinos y establecimientos que cambian el estado del agua, y en los grandes rios al gran aumento de los buques de vapor, y esta última circunstancia no porque el ruido de las aguas asuste tal vez á los peces, sino porque segun mayor probabilidad, el movimiento consecutivo de las olas producido por los golpes de las ruedas de remos, deslava (á decir así) las orillas de los rios, é interrumpe y destruye la nueva cria de los peces que allí se desarrolla. Además las desembocaduras de los pequeños rios en los grandes se llenan cada vez mas de arena, lo cual impide á ciertas clases de peces, como verbigracia al salmon, subir los rios y por consecuencia perjudica á su procreacion. En particular las clases delicadas de peces, antiguamente tan abundantes, son las que se hacen mas raras de dia en dia. En prueba de ello citaremos que ya hace mucho tiempo que la ley terminante de dar los señores feudales á sus vasallos solo tres veces á la semana salmon á comer, significaba aun algo en

muchas partes de Alemania. Asimismo hay muchas personas, á no ser que vivan en medio de las montañas, á quienes el sabor de la trucha es solo conocido en el nombre, siendo estas aun en la inmediacion de los parajes donde se crían tan caras, que se venden segun su tamaño á precios exorbitantes. Estos inconvenientes de que se resienten amargamente muchas mesas, así como el espíritu emprendedor, que halla un poderoso estímulo para lograr la adquisicion de estas clases delicadas y caras de pescados, han impulsado por fin á la idea de sacar una utilidad práctica de las observaciones de los sabios, aunque no queremos asegurar precisamente que únicamente las publicaciones eruditas sean las que hayan dado motivo á los cultivadores de peces para seguir las indicaciones de la naturaleza, que á veces el sencillo hombre de campo comprende con mas facilidad que el sabio mas grande.

Nos consta por comunicaciones que tenemos á la vista, que en las inmediaciones del Oder (rio que nace en la Moravia y desagua en el Báltico) se emplea el procedimiento de criar los peces de las huevas y lechecillas segun hemos indicado mas arriba, y el hecho es que ya hace treinta años el difunto cura Armack de Lippertsdorf cerca de Roda, mas tarde el ingeniero de montes Scell en Waldeck y el ingeniero primero de montes, Beuchel en Mensebac (Altemburgo), criaron truchas artificiales, y que en nuestros dias el ingeniero de montes, Geinitz de San Gangloff en el Altemburgo, se dedica con el mejor éxito á la cria de la trucha. Mas adelante explicaremos brevemente el procedimiento seguido para ello, y solo hemos citado aquellos hechos, porque en este momento hacen en Francia gran ruido las operaciones de dos pescadores (Gehin y Remi) en los Vosges, encaminadas á aumentar las truchas en estanques y arroyos. Nos interesa reclamar para la Alemania la prioridad de ejecucion práctica de la cria artificial de los peces.

El procedimiento alemán es con poca diferencia igual al francés; se reúnen las huevas y lechecillas en una vasija, provista de agujeros finos y llena de agua y pequeños guijarros, para las truchas, verbigracia, en el tiempo en que desovan, es decir, á fines de noviembre y principios de diciembre, y debe la mezcla parecerse en su color á café malo mezclado con leche clara. Esta vasija ó este cajon, de tal modo llenado de pequeños guijarros que queden solo cuatro pulgadas de altura del agua, se lleva á una fuente ó agua que convenga á las truchas y que no se hiela aun con el mayor frio, de suerte que el agua entre siempre por arriba y salga por abajo. Aquí se dejan las huevas fecundizadas hasta fines de enero, en cuya época salen de los huevos las pequeñas truchas. Los cultivadores franceses las dejan en los cajones hasta fines de marzo ó principios de abril. Los alemanes las llevan ya á principios de febrero con todo el cajon á un pequeño estanque formado de un manantial y que no se hiela en el invierno, debiendo en lo posible contener mucha arena, y las dejan entrar por sí mismas en el estanque criadero despues de levantar la tapa del cajon, ó las sacan cuidadosamente con una cuchara, las ponen en una vasija con agua y las llevan con la mayor prontitud al sitio de su destino. Durante las seis primeras semanas llevan las pequeñas truchas aun las bolsas de las huevas debajo del vientre, con cuya sustancia nutritiva se mantienen; mas tarde deben encontrar otra manutencion, para lo cual les sirven las ranas, cuya freza comen con avidéz, como tambien los renacuajos. Una comida excelente para ellas, cuando han crecido algo, son todas las clases de animales gasterópodos acuáticos (caracoles de agua ó limneáceos), pues la trucha es un animal carnívoro. Partiendo de este punto de vista, los franceses y alemanes han echado mano sencillamente de este medio para la procreacion simultánea de las clases de peces que comen plantas, como por ejemplo la cria de las carpas, las cuales sirven mas tarde de pasto á las truchas pequeñas. A medida que estas crecen y despues de echadas en los arroyos, se atreven á aguas mas profundas, pero no hasta que se hallen lo suficientemente fuertes y diestras para escapar á los peces mayores de rapiña. Y aun en los estanques solo puede meterse la cria de un mismo año, porque si no, las grandes truchas se comerían á las mas pequeñas. Es conveniente hacer tres estanques, que se pescan uno despues del otro, colocando las pequeñas truchas en el estanque limplado de peces y mas inmediato al de truchas menores.

No sabemos de fijo si en Alemania se hace la cria artificial de la trucha en gran escala; pero en Inglaterra se efectúa esta, como tambien la del salmon, por sociedades en grandes dimensiones. Boccus es el fundador de estas en Hammersmith. En el año de 1841 administró las aguas de las tierras que el señor Drummond posee en las inmediaciones de Uxbridge, y calcula en 130,000 el número de las truchas que ya está criando allí. En otras partes dicen que se han echado ya al agua unos dos millones de truchas, y la que particularmente se ha interesado en ello es la cocina inglesa, que principiaba á carecer de aquellas. Asimismo se ha proyectado el plan de formar una compañía para poblar de salmones al Támesis. Gehin y Remy en Francia han poblado con mas de 50,000 truchas al Moselote, un pequeño rio accesorio de la Mosela. En Hüninga se ha establecido la cria del salmon, en Bressé y Dijon la de las tencas, sollos y percas. Comprendemos fácilmente el furor que en este concepto se manifiesta en Francia, y deseamos que nuestro artículo excite tambien en España el interés de imitar á las naciones extranjeras.

Ahora vamos á decir algunas palabras sobre los salmones y las anguilas. El procedimiento arriba explicado

puede igualmente aplicarse á la cria de los salmones. En el caso de no poderse adquirir la cantidad suficiente de vivos, pueden usarse hasta los muertos para obtener las huevas y lechecillas, que se tratarán lo mismo que las de las truchas, y se desarrollarán en arroyos pequeños, dirigiéndose la cria, á medida que crece, rio abajo al mar. Habiendo los salmones alcanzado aquí el grandor correspondiente, sienten la necesidad de desovar, y conducidos por un instinto maravilloso vuelven á buscar el rio donde nacieron, sin mezclarse por regla general con las familias de salmones de los otros rios. La verdad de estas excursiones de los salmones ha sido afirmada y puesta en evidencia por antiguas observaciones y nuevos ensayos hechos en nuestros dias.

La cria del salmon sin embargo no debe efectuarse en una escala demasiado pequeña, y en el caso que quisieramos volver á poblar de salmones al Elba, debían contribuir á los gastos todos los estados que baña aquel rio. Pero esto podría ofrecer sus dificultades, en vista de que hasta ahora no hemos podido lograr la libre navegacion del Elba, á causa de los intereses encontrados de los diferentes estados.

Segun lo hemos ya referido, pueden aumentarse varias clases de pescados, pero no las anguilas. En estas nunca se hallan las huevas y lechecillas en un estado de madurez, y parece que estos animales procreen en el fondo del mar, siendo al revés de las truchas y los salmones. Desde el mar pasan á los rios, cuya traslacion llaman los franceses *montée*. Débese por consiguiente coger esta cria jóven de anguilas y trasladarla al interior para proveer de ella á los estanques y rios, lo que puede verificarse en musgo húmedo. Un naturalista francés, M. Coste, persigue ahora este objeto en el laboratorio del *Collège de France*. Cree que pueda criarse aquella á poca costa y de tal manera, que se formen pronto anguilas mayores. Conforme á su comunicacion, usa para ello un cajon de madera, cuyo interior está arreglado de modo que forma pequeños canales, el uno sobre el otro, en los cuales cae continuamente agua, y corre de un canal al otro desaguándose por el último. En estos canales, llenos en parte de guijarros, se halla la freza fecundizada, y desova igualmente aquí. Coste asegura que con el tratamiento correspondiente ha desarrollado perfectamente en su aparato una freza que le ha sido remitida de bastante distancia. En el término de seis meses produce en su laboratorio truchas y salmones de las huevas; pero es claro que no podrán crecer mucho y tendrán que meterse en su propio elemento. Nosotros hemos viajado hace poco en union de un pescador prusiano, el cual remite todas las anguilas á Sajonia, y hemos sabido por él que pagamos en este país muy caras las anguilas.

Al relato anterior tenemos solo que añadir lo siguiente, tomado del informe de dicho señor Coste, dirigido á la Academia de Ciencias en Paris, fecha de 7 de febrero de 1853, y que contiene hechos y datos muy importantes respecto al asunto en cuestion. Es el caso que el gobierno francés ha concedido en el año pasado un adelanto de treinta mil francos á los señores Berthot y Detzem, con el fin de establecer en las inmediaciones de Hüninga, en el Rhin, un criadero de peces, de cuya direccion superior técnica está encargado el señor Coste. A consecuencia de los esfuerzos reunidos de estos tres hombres y de la cooperacion de algunos ingenieros hidráulicos, comienza ahora á levantarse en la frontera de Baden, cerca de Basilea, un establecimiento que tendrá la mayor influencia con respecto al aumento de sabrosos pescados en los rios franceses, pues todos los manantiales que brotan del pié de las montañas, que circunvalan una parte del territorio del establecimiento, han sido encerrados en los límites de un canal comun para todos, de una longitud de mil doscientos metros, que lleva el agua hasta la entrada debajo de un gran cobertizo. Debajo de este hallanse los aparatos de fecundizacion, en su esencia iguales á los que al principio de este artículo hemos descrito, por cuya razon nos abstenemos de hacer su descripción para no entrar demasiado en particularidades técnicas.

Este cobertizo está construido por el modelo del bonito embarcadero del camino de hierro de Baden. Hallanse unidas á él las habitaciones de los guardas, espacios para los trabajos necesarios y un comedor.

### El telégrafo sub-marino entre Inglaterra y Bélgica.

No existe en Bélgica ninguna empresa pública que dé tan brillantes resultados pecuniarios como el establecimiento de los telégrafos. La construccion de todas las líneas ha costado millones; en el primer presupuesto del gobierno se habia calculado en 50,000 francos anuales la ganancia, y en el año de 1852, el segundo desde su creacion, habria producido el telégrafo mas de 170,000 francos, aunque todas las líneas no estaban aun acabadas.

Debese por consiguiente esperar de seguro un nuevo aumento en los ingresos, prescindiendo de otras ventajas esenciales, despues de haberse establecido la directa comunicacion sub-marina con Inglaterra, desde Newport á Dover.

Conforme al convenio celebrado entre la sociedad telegráfica y el gobierno belga, se colocaron los alambres en 1º de mayo último, despues de que el temporal, extraordinariamente tempestuoso é inusual, que ha reinado este año en el mar del Norte y en el Canal, lo

habia impedido por largo tiempo. Los alambres son procedentes de la fábrica de los señores Newal y compañía, en Sunderland; están embarnizados de gutapercha, teniendo una longitud de setenta millas inglesas, un peso de unas quinientas toneladas, y un coste de treinta y tres mil libras esterlinas.

El buque *William Hutt* era el destinado para unir á la Inglaterra con el Continente. El 6 de mayo arribó á Middlekerke con el cabo del alambre del telégrafo, y el primer parte que se envió á Lóndres estaba redactado del modo siguiente: *Comunicación entre Inglaterra y Bélgica, la una del día menos veinte minutos del 6 de mayo de 1853.*

El saber que de aquí en adelante las noticias de Alemania y de la Europa oriental no necesiten para llegar á Inglaterra hacer el rodeo de Calais, es una ventaja en mas de un concepto, en particular con respecto á la circunstancia de que el convenio celebrado deja á cada

uno de los gobiernos interesados la libertad de suspender por tiempo indeterminado la expedición de los despachos, de suerte que mientras no habia mas que la línea telegráfica de Calais á Dover, dependia de Francia si ó no podia la Inglaterra comunicarse con el Continente por medio del telégrafo.

**Explicacion de los bordados.**

1. Punto de papalina de mujer, plumetis.
- 1 bis. Casco de la papalina, plumetis.
2. Pañuelo plumetis y punto de rosa con dientes muy agudos.
3. Gorrito de niño, plumetis.
4. Cuello mosquetero para bordar en aplicacion sobre tul de Bruselas.
5. Guarnicion de enaguas, encaje.
6. Guarnicion de mangas ó papalina, bordado inglés y punto de rosa.

7. Nelly, inglesas.
8. P, B, letras inglesas.
9. Guarnicion de mangas, bordado inglés.
10. Guarnicion de pantalon, bordado inglés.
11. Corona de conde.
12. Luisa, góticas.
13. Ana, inglesas.
14. Pequeña corona de fantasia, plumetis.
15. H, B, A, letras góticas.
16. C, L, letras enlazadas.
17. Josefina, inglesas.
18. María, góticas.
19. Elisa, letras cuadradas.
20. A, N, letras inglesas, feston.
21. Ernestina, letras floridas, plumetis.
22. Ana, pequeñas inglesas.
23. N, T, letras góticas.
24. Pequeña corona de marqués.
25. Carolina, letras floridas, plumetis.
26. C, L, letras enlazadas.

**El bautizo de las campanas.**

Sabido es que las campanas representan un papel importante en todas las ceremonias de la Iglesia, y aun en todas las circunstancias extraordinarias que puedan ocurrir para reunir á los habitantes de una poblacion ó de una comarca entera, como sucedia antiguamente en la edad media con la campana de concejo ó de se-

ñales destinada particularmente á este último uso, pues solo tocaba para esparcir la alarma, ó para anunciar un gran suceso, como el nacimiento ó la muerte de un príncipe.

Pero fuera de este objeto profano, la campana no ha sido otra cosa que una voz divina, llamando á la ora-

cion á los fieles. De este modo la Iglesia no podia menos de santificar de una manera especial un instrumento tan necesario para el culto, y de aquí proviene sin duda la costumbre que se estableció bajo el pontificado de Juan XIII, y que continúa hasta nuestros dias. Ordinariamente el que practica esta ceremonia es un obispo,



revestido de las insignias sacerdotales. Principia por bendecir la sal y el agua; despues rocía por dentro y por fuera la campana con el agua sagrada, y por último hace exteriormente en ella siete uncciones en forma de cruz, y otras cuatro por dentro con los santos óleos, y concluidas las uncciones, se proclama el nombre del santo bajo cuya invocacion se bendice la campana, se

perfuma el interior de esta, se canta el Evangelio, y el celebrante termina la ceremonia haciendo la señal de la cruz sobre la campana.

A este acto del culto católico, que se celebra con la misma dignidad y recogimiento que cualquiera de los demás que estableció la Iglesia, concurren tambien los fieles, animados del mismo espíritu de devocion que si

se tratara del bautismo de un recién nacido, á quien llevan á la fuente de la gracia. El grabado que se ve aquí representa una de estas ceremonias, que se ha verificado últimamente en una parroquia de Paris; la campana que recibe el bautismo se halla engalanada con un vestido de encajes y de flores.

M. U.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 42.

**PARTE LITERARIA ILUSTRADA.**

Este periódico sale á luz cincuenta y dos veces al año, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres. Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magníficas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto. Cada mes los suscritores recibirán dos figurines de última moda, uno de mujer y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

**SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRICION AL AÑO.**

Para la HABANA.....	\$ 12 fuertes.	Para el CENTRO AMERICA, PANAMA y todas las agencias de la COSTA DEL PACIFICO.....	\$ 15 " "
— el interior de la ISLA DE CUBA.....	\$ 45 " "	— el PARAGUAY, VALPARAISO, SANTIAGO DE CHILE, SAN FRANCISCO CALIFORNIA.....	\$ 16 " "
— FUERTO RICO (San Juan).....	\$ 12 50 macq.	Un número suelto.....	3 rs. fs.
— el interior de la ISLA DE PUERTO RICO.....	\$ 18 50	— VERA CRUZ y TAMPICO.....	\$ 13 fuertes.
— las ANTILLAS FRANCESAS, INGLESA y COSTA FIRME.....	\$ 12 fuertes.	Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.
— la PROVINCIA DE CUMANÁ.....	\$ 12 75 "	— MÉJICO, PUEBLA, ORIZABA, CÓRDOVA, JALAPA.....	\$ 15 fuertes.
Un número suelto.....	2 1/2 rs. fs.	— todo el interior de la República.....	\$ 18 fuertes.
— la PLATA, REPUBLICA ARGENTINA y el BRASIL, (por los vapores del 9 de cada mes).....	\$ 14 " "	Un número suelto.....	3 1/2 rs. fs.